



**Idilio en calle Plumet y epopeya en calle
Saint-Denis**

Hugo, Victor

Publicado: 1862

Categoría(s): Ficción, Novela

Fuente: <http://es.wikisource.org>

Acerca Hugo:

Victor-Marie Hugo (26 February 1802 — 22 May 1885) was a French poet, novelist, playwright, essayist, visual artist, statesman, human rights campaigner, and perhaps the most influential exponent of the Romantic movement in France. In France, Hugo's literary reputation rests on his poetic and dramatic output. Among many volumes of poetry, *Les Contemplations* and *La Légende des siècles* stand particularly high in critical esteem, and Hugo is sometimes identified as the greatest French poet. In the English-speaking world his best-known works are often the novels *Les Misérables* and *Notre-Dame de Paris* (sometimes translated into English as *The Hunchback of Notre-Dame*). Though extremely conservative in his youth, Hugo moved to the political left as the decades passed; he became a passionate supporter of republicanism, and his work touches upon most of the political and social issues and artistic trends of his time. Source: Wikipedia

También disponible en Feedbooks de Hugo:

- *Fantina* (1862)
- *Cosette* (1862)
- *Jean Valjean* (1862)
- *Marius* (1862)

Nota: Este libro le es ofrecido por Feedbooks

<http://www.feedbooks.com>

Estrictamente para uso personal. En ningún caso puede ser utilizado con fines comerciales.

Parte 1

Algunas páginas de historia

Capítulo 1

Bien cortado y mal cosido

1831 y 1832, los dos años que siguieron inmediatamente a la Revolución de Julio, son uno de los momentos más particulares y más sorprendentes de la historia. Tienen toda la grandeza revolucionaria. Las masas sociales, que son los cimientos de la civilización, el grupo sólido de los intereses seculares de la antigua formación francesa, aparecen y desaparecen a cada instante a través de las nubes tempestuosas de los sistemas, de las pasiones y de las teorías. Estas apariciones y desapariciones han sido llamadas la resistencia y el movimiento. A intervalos se ve relucir la verdad, que es el día del alma humana.

La Restauración¹ había sido una de esas fases intermedias difíciles de definir. Así como los hombres cansados exigen reposo, los hechos consumados exigen garantías. Es lo que Francia exigió a los Borbones después del Imperio.

Pero la familia predestinada que regresó a Francia a la caída de Napoleón tuvo la simplicidad fatal de creer que era ella la que daba, y que lo que daba lo podía recuperar; que la casa de los Borbones poseía el derecho divino, que Francia no poseía nada.

Creyó que tenía fuerza, porque el Imperio había desaparecido delante de ella; no vio que estaba también ella en la misma mano que había hecho desaparecer a Napoleón. La casa de los Borbones era para Francia el nudo ilustre y sangriento de su historia, pero no era el elemento principal de su destino. Cuando la Restauración pensó que su hora había llegado, y se supuso vencedora de Napoleón, negó a la nación lo que la hacía nación y al ciudadano lo que lo hacía ciudadano.

1.El período de la Restauración abarca los reinados de Luis XVIII, 1815-1824, y de Carlos X, 1824-1830.

Este es el fondo de aquellos famosos decretos llamados las Ordenanzas de Julio.

La Restauración cayó, y cayó justamente, aunque no fue hostil al progreso y en su época se hicieron grandes obras y la nación se acostumbró a la discusión tranquila y a la grandeza de la paz.

La Revolución de Julio es el triunfo del derecho que derroca al hecho. El derecho que triunfa sin ninguna necesidad de violencia. El derecho que es justo y verdadero. Esta lucha entre el derecho y el hecho dura desde los orígenes de las sociedades. Terminar este duelo, amalgamar la idea pura con la realidad humana, hacer penetrar pacíficamente el derecho en el hecho y el hecho en el derecho, es el trabajo de los sabios. Pero ése es el trabajo de los sabios, y otro el de los hábiles.

La revolución de 1830 fue rápidamente detenida, destrozada por los hábiles, o sea los mediocres. La revolución de 1830 es una revolución detenida a mitad de camino, a mitad de progreso. ¿Quién detiene la revolución? La burguesía. ¿Por qué? Porque la burguesía es el interés que ha llegado a su satisfacción; ya no quiere más, sólo conservarlo. En 1830 la burguesía necesitaba un hombre que expresara sus ideas. Este hombre fue Luis Felipe de Orleáns.

En los momentos en que nuestro relato va a entrar en la espesura de una de las nubes trágicas que cubren el comienzo del reinado de Luis Felipe, es necesario conocer un poco a este rey. Ante todo, Luis Felipe era un hombre bueno. Tan digno de aprecio como su padre, Felipe-Igualdad, lo fue de censura. Luis Felipe era sobrio, sereno, pacífico, sufrido; buen esposo, buen padre, buen príncipe. Recibió la autoridad real sin violencia, sin acción directa de su parte, como una consecuencia de un viraje de la revolución, indudablemente muy diferente del objetivo real de ésta, pero en el cual el duque de Orleans no tuvo ninguna iniciativa personal.

Sin embargo, el gobierno de 1830 principió en seguida una vida muy dura; nació ayer y tuvo que combatir hoy. Apenas instalado, sentía ya por todas partes vagos movimientos contra el sistema, tan recientemente armado y tan poco sólido. La resistencia nació al día siguiente; quizá había nacido ya la víspera. Cada mes creció la hostilidad, y pasó de sorda a patente.

En lo exterior, 1830 no siendo ya revolución y haciéndose monarquía, se veía obligado a seguir el paso de Europa. Debía, pues, conservar la paz, lo que aumentaba la complicación. Una armonía deseada por necesidad pero sin base es muchas veces más onerosa que una guerra.

Mientras tanto al interior, pauperismo, proletariado, salario, educación, penalidad, prostitución, situación de la mujer, consumo, riqueza, repartición, cambio, derecho al capital, derecho al trabajo; todas estas cuestiones se multiplicaban por encima de la sociedad, con todo su terrible peso.

Luis Felipe sentía bajo sus pies una descomposición amenazante.

A la fermentación política respondía una fermentación filosófica. Los pensadores meditaban; removían las cuestiones sociales pacífica pero profundamente. Dejaban a los partidos políticos la cuestión de los derechos, y trataban de la cuestión de la felicidad. Se proponían extraer de la sociedad el bienestar del hombre.

Tenebrosas nubes cubrían el horizonte. Una sombra extraña se extendía poco a poco sobre los hombres, sobre las cosas, sobre las ideas.

Apenas habían pasado veinte meses desde la Revolución de Julio y el año 1832 comenzaba con aspecto de inminente amenaza. La miseria del pueblo, los trabajadores sin pan, la enfermedad política y la enfermedad social, se declararon a la vez en las dos capitales del reino: la guerra civil en París, en Lyon la guerra servil. Las conspiraciones, las conjuras, los levantamientos, el cólera, añadían al oscuro rumor de las ideas el sombrío tumulto de los acontecimientos.

Capítulo 2

Enjolras y sus tenientes

El Faubourg Saint-Antoine caracterizaba esta situación más que ningún otro barrio. Allí era donde se sentía más el dolor.

Aquel antiguo barrio, poblado como un hormiguero, laborioso, animado y furibundo como una colmena, se estremecía esperando y deseando la conmoción. Allí se sentían más que en otra parte la reacción de las crisis comerciales. En tiempo de revolución, la miseria es a la vez causa y efecto. Siempre que flotan en el horizonte resplandores impulsados por el viento de los sucesos, se piensa en este barrio y en la temible fatalidad que ha colocado a las puertas de París aquel polvorín de padecimientos y de ideas.

En este barrio y en esta época, Enjolras, previendo los sucesos posibles, hizo una especie de recuento misterioso. Estaban todos en conciliábulo en el Café Musain.

- Conviene saber dónde estamos y con quiénes se puede contar -dijo-. Si se quiere combatientes, hay que hacerlos. Contemos, pues, el rebaño. ¿Cuántos somos? Courfeyrac, tú verás a los politécnicos. Feuilly, tú a los de la Glacière. Combeferre me prometió ir a Picpus, allí hay un hormiguero excelente. Bahorel visitará la Estrapade. Prouvaire, los albañiles se entibian, tú nos traerás noticias. Jolly tomará el pulso a la Escuela de Medicina. Laigle se dará una vuelta por el Palacio de justicia. Yo me encargo de la Cougourde. Pero falta algo muy importante, el Maine; allí hay marmolistas, pintores y escultores; son entusiastas pero desde hace un tiempo se han enfriado. Hay que ir a hablarles, hay que soplar en aquellas cenizas. Había pensado en ese distraído amigo nuestro, Marius, que es bueno, pero ya no viene. No tengo a nadie para el Maine.

- ¿Y yo? -dijo Grantaire.

- ¡Tú, adoctrinar republicanos, tú que no crees en nada!

- Creo en ti.
 - ¿Serás capaz de ir al Maine?
 - Soy capaz de todo.
 - ¿Y qué les dirás?
 - Les hablaré de Robespierre, de Danton, de los principios.
 - ¡Tú!
 - Yo. Lo que pasa es que a mí no se me hace justicia. Conozco el Contrato Social; sé de memoria la Constitución del año Dos: "*La libertad del ciudadano concluye donde empieza la libertad de otro ciudadano*". ¿Me crees idiota?
 - Grantaire -dijo Enjolras, después de pensar algunos segundos-, acepto probarte. Irás al Maine.
- Grantaire vivía cerca del café. Salió y volvió a los cinco minutos. Había ido a ponerse un chaleco a lo Robespierre.
- Rojo -dijo al entrar-. Ten confianza en mí, Enjolras.
- Unos minutos después la sala interior del Café Musain quedaba desierta. Todos los amigos del ABC habían ido a cumplir su misión.

Parte 2

Eponina

El campo de la Alondra

Marius había asistido al inesperado desenlace de la emboscada que él mismo relatara a Javert; pero, apenas abandonó éste la casa llevando a sus presos en tres coches de alquiler, salió también él. No eran más que las nueve de la noche, y se fue a dormir a casa de Courfeyrac, que vivía ahora en la calle de la Verrerie, "por razones políticas", pues en esos tiempos la insurrección se instalaba tranquilamente en aquel barrio.

- Vengo a alojar contigo -dijo Marius.

Courfeyrac sacó un colchón de su cama, que tenía dos, lo tendió en el suelo y dijo:

- Aquí tienes.

Al día siguiente, a las siete de la mañana, Marius volvió al caserón Gorbeau, pagó el alquiler, hizo cargar en un carretón de mano sus libros, la cama, la mesa, la cómoda y sus dos sillas, y se fue sin dejar las señas de su nueva casa.

Pasó un mes y después otro. Marius seguía en casa de Courfeyrac. Supo por un pasante de abogado, visitante habitual de la Sala de los Pasos Perdidos, que Thenardier estaba incomunicado, y daba todos los lunes al alcaide de la cárcel cinco francos para el preso.

Marius, no teniendo ya dinero, pedía los cinco francos a Courfeyrac; era la primera vez en su vida que pedía prestado. Estos cinco francos periódicos eran un doble enigma: para Courfeyrac que los daba, y para Thenardier que los recibía.

- ¿Para quién pueden ser? -pensaba Courfeyrac.

- ¿De dónde diablos puede venir esto? -se preguntaba Thenardier.

Marius estaba desconsolado. Había vuelto a ver por un momento a la joven a quien amaba, pero un soplo se la había arrebatado. No sabía ni su nombre; seguramente no era Ursula y la

Alondra era un apodo. ¿Y qué pensar del viejo? ¿Se ocultaba, en efecto, de la policía?

Todo se había desvanecido, excepto el amor.

Para colmo volvía a visitarlo la miseria; sentía ya su soplo helado. Y es que desde hacía algún tiempo había descuidado sus traducciones; y no hay nada más peligroso que la interrupción del trabajo, porque es una costumbre que se pierde. Costumbre fácil de perder y difícil de volver a adquirir.

Todo su pensamiento era Ella; no pensaba en otra cosa; se daba cuenta confusamente de que su traje viejo estaba inservible y que el nuevo se transformaba rápidamente en viejo.

Le quedaba una sola idea dulce: que Ella lo había amado; que su mirada se lo había dicho; que Ella no sabía su nombre, pero conocía su alma, y que tal vez en el lugar en que estaba lo amaba aún.

En sus paseos solitarios descubrió un sitio de especial belleza y, por lo tanto, poco frecuentado. Era una especie de prado verde al lado del arroyo de los Gobelinos. Un día, hablando con uno de los escasos paseantes, supo que se le llamaba el Campo de la Alondra. La Alondra era el nombre con que Marius, en las profundidades de su melancolía, había reemplazado a Ursula.

- [Este es su campo! -dijo en el estupor poco lógico de los enamorados-. Aquí sabré dónde vive.

Esto era absurdo, pero irresistible.

Y desde entonces fue todos los días al Campo de la Alondra.

Capítulo 2

Formación embrionaria de crímenes en las prisiones

El triunfo de Javert en el caserón Garbeau parecía completo, pero no lo fue.

En primer lugar, y éste era su principal problema, no detuvo al prisionero. Es probable que este personaje, que para los bandidos era captura importante, lo fuera también para la justicia.

En seguida, se le había escapado Montparnasse. Montparnasse, al llegar a la casa, se había encontrado con Eponina que estaba al acecho, y se la había llevado consigo, prefiriendo sabiamente la hija al padre. Gracias a eso estaba libre. En cuanto a Eponina, Javert la recupero más tarde y fue a acompañar a Azelma a la prisión de las Madelonnettes.

Finalmente, en el trayecto a la comisaría, se le perdió uno de los principales presos, Claquesous, y no lo volvió a encontrar. ¿Se fundió Claquesous con la bruma? ¿Tan misterioso eclipse fue en connivencia con los agentes? Javert se mostró más irrito que sorprendido.

En cuanto a Marius, Javert pensó que "ese abogadillo bobo" había tenido miedo, y olvidó hasta su nombre.

El juez de instrucción consideró de utilidad no incomunicar a uno de los hombres de Patrón-Minette, esperando que hablara. Se eligió a Brujon; lo pusieron en el patio Carlomagno, y bajo especial y discreta vigilancia.

Los ladrones no interrumpen su actividad por estar en manos de la justicia. No se preocupan por tan poco. Estar en prisión por un crimen no impide comenzar otro crimen. Brujon pasaba el día mirando como un idiota las paredes. O bien, castañeteando los dientes y diciendo que tenía fiebre. Pero se las ingenió para obtener ciertas informaciones del exterior.

Hacia la segunda quincena de febrero de 1832, un vigilante vio a este adormilado reo escribiendo un papel en su cama. Lo castigaron a un mes de calabozo, pero fue imposible encontrar el papel. Pero a la mañana siguiente alguien lanzó un "perdigón" desde el patio Carlomagno hacia la Force.

Los detenidos llaman perdigón a una pelota de miga de pan artísticamente amasada que se lanza por encima de los techos de una prisión, de patio a patio. Esta pelota cae al patio. El que la recoge la abre y encuentra dentro un mensaje para algún prisionero de esa sección. Si es otro reo quien hace el hallazgo, entrega el mensaje al destinatario; si es un guardia, entrega el mensaje a la policía.

Esta vez el perdigón llegó a su destino, a pesar de que aquel a quien se dirigía estaba incomunicado. Era nada menos que Babet, una de las cuatro cabezas de Patrón-Minette.

El perdigón contenía sólo estas palabras:

"Babet. Hay un negocio en calle Plumet. Una antigua verja que da a un jardín".

Era lo que había escrito Brujon la noche anterior.

A pesar de la minuciosa vigilancia, Babet encontró el medio de transmitir el mensaje desde la Force a la Salpêtrière, a su amante que estaba allí encarcelada. Esta pasó el papel a una mujer llamada Magnon, a quien la policía tenía en su mira, pero que todavía no había sido detenida. Esta Magnon era gran amiga de los Thenardier; ella podía, por tanto, servir de puente visitando a Eponina en las Madelonnettes. Sucedió que en esos mismos momentos Eponina y Azelma quedaban en libertad por falta de pruebas en su contra.

Cuando salió Eponina, Magnon, que la esperaba en la puerta, le entregó el mensaje de Brujon a Babet y le encargó que investigara el negocio.

Eponina fue a la calle Plumet, encontró la verja y el jardín, observó la casa, espío, acechó, y unos días después le llevó a Magnon un bizcocho que ésta entregó a la amante de Babet en la Salpêtrière. Bizcocho, en el tenebroso lenguaje de la prisión, significa: *"Nada que hacer"*.

De modo que una semana después, cuando Babet y Brujon se cruzaban en el camino de ronda de la Force, uno hacia la instrucción y el otro regresando, Brujon preguntó:

- ¿Y? ¿La calle Plumet?

- Bizcocho -respondió Babet.

Así abortó este feto de crimen concebido por Brujon en la Force. Sin embargo, este aborto tuvo consecuencias totalmente diferentes a las planeadas, como ya se verá. A menudo, cuando se intenta anudar un hilo, se anuda otro.

Capítulo 3

Aparición al señor Mabeuf

Mientras Marius descendía lentamente por esos lúgubres escalones que conducen a los lugares sin luz, el señor Mabeuf los bajaba de otra manera.

Al anciano todas las opiniones políticas le eran indiferentes, y las aprobaba todas para que lo dejaran tranquilo. Su postura política era la de amar apasionadamente las plantas, pero sobre todo amar los libros. Tenía como todo el mundo su terminación en -ista, sin la cual nadie habría podido vivir en esa época, pero no era ni realista, ni bonapartista, ni anarquista; él era coleccionista de libros antiguos. Uniendo sus dos pasiones, había publicado un libro, *La flora en los alrededores de Cauteretz*.

Vivía solo con una vieja ama de llaves, a quien llamaba, sin que ella comprendiera por qué, la señora Plutarco.

En 1830, por un error legal, perdió todo lo que tenía. Además, la Revolución de Julio provocó una crisis que afectó a las librerías y, por supuesto, en los malos tiempos lo primero que deja de venderse es un libro sobre la flora. Dejó su cargo en la parroquia y se mudó a una especie de choza, cerca del jardín Botánico, donde le permitieron utilizar un pequeño pedazo de tierra para sus ensayos de siembras de añil.

Había reducido su almuerzo a dos huevos, y dejaba uno de ellos a su vieja criada, a la cual no había pagado el salario hacía quince meses. Muchas veces, el almuerzo era su única comida. Ya no se reía con su risa infantil; se había vuelto huraño, y no recibía visitas. Algunas veces, camino al jardín Botánico, se encontraba con Marius; no se hablaban; solamente se saludaban con la cabeza tristemente. Es doloroso, pero hay un momento en que la miseria separa hasta a los amigos.

El señor Mabeuf sentía simpatía por Marius, porque era joven y suave. La juventud, cuando es suave, es para los viejos como un sol sin viento.

Por la noche volvía del jardín Botánico a su casa para regar sus plantas y leer sus libros. El señor Mabeuf tenía por entonces muy cerca de los ochenta años.

Una tarde recibió una singular visita. Estaba sentado en una piedra que tenía por banco en el jardín, y miraba con tristeza sus plantas secas que necesitaban urgente riego. Se dirigió encorvado y con paso vacilante al pozo; pero cuando cogió la soga no tuvo fuerzas ni aun para desengancharla. Entonces se volvió, y dirigió una mirada angustiosa al cielo, que se iba cubriendo de estrellas.

- ¡Estrellas por todas partes! -pensaba el anciano-: ¡Ni una pequeñísima nube! ¡Ni una lágrima de agua!

Trató de nuevo de desenganchar la soga del pozo, pero no pudo.

En aquel momento oyó una voz que decía:

- Señor Mabeuf, ¿queréis que riegue yo el jardín?

Vio salir de entre los matorrales a una jovencita delgada, que se puso delante de él mirándole sin parpadear. Más que un ser humano parecía una forma nacida del crepúsculo.

Antes que el anciano hubiera podido responder una sílaba, aquella aparición de pies desnudos y ropa andrajosa había llenado la regadera. El ruido del agua en las hojas encantaba al señor Mabeuf; le parecía que el rododendro era por fin feliz.

Vaciado el primer cubo, la muchacha sacó otro, y después un tercero, y así regó todo el jardín.

Cuando hubo concluido, el señor Mabeuf se aproximó a ella con lágrimas en los ojos.

- Dios os bendiga -dijo-, sois un ángel porque tenéis piedad de las flores.

- No -respondió ella-, soy el diablo, pero me es igual.

El viejo exclamó sin esperar ni oír la respuesta:

- ¡Qué lástima que yo sea tan desgraciado y tan pobre, y que no pueda hacer nada por vos!

- Algo podéis hacer -dijo ella-. Decidme dónde vive el señor Marius.

- ¿Qué señor Marius?

- Un joven que venía a veros hace tiempo atrás.

El señor Mabeuf había ya registrado su memoria, y contestó:

- ¡Ah! sí... ya sé. El señor Marius... el barón de Pontmercy, vive... o más bien dicho no vive ya... vaya, no lo sé.

Mientras hablaba se había inclinado para sujetar una rama del rododendro.

- Esperad -continuó-; ahora me acuerdo. Va mucho al Campo de la Alondra. Id por allí, y no será difícil que lo encontréis.

Cuando el señor Mabeuf se enderezó ya no había nadie; la joven había desaparecido.

Capítulo 4

Aparición a Marius

Algunos días después, Marius había ido a pasearse un rato antes de ir a dejar la moneda para Thenardier. Era lo que hacía siempre. Apenas se levantaba, se sentaba delante de un libro y una hoja de papel para concluir alguna traducción; trataba de escribir y no podía y se levantaba de la silla, diciendo: "Voy a salir un rato, así me darán ganas de trabajar". Y se iba al Campo de la Alondra.

Esa mañana, en medio del arrobamiento con que iba pensando en Ella mientras paseaba, oyó una voz conocida que decía:

- ¡Al fin, ahí está!

Levantó los ojos y reconoció a la hija mayor de Thenardier, Eponina. Llevaba los pies descalzos e iba vestida de harapos. Tenía la misma voz ronca, la misma mirada insolente. Además, oscurecía su rostro ese miedo que añade la prisión o la miseria.

Llevaba algunos restos de paja en los cabellos, no como Ofelia por haberse vuelto loca con el contagio de la locura de Hamlet, sino porque había dormido en algún pajar. Y a pesar de todo, estaba hermosa.

Se quedó algunos momentos en silencio.

- ¡Os encontré! -dijo por fin-. Tenía razón el señor Mabeuf. ¡Si supieseis cuánto os he buscado! ¿Sabéis que he estado en la cárcel quince días? Me soltaron por no haber nada contra mí, y porque además no tenía edad de discernimiento. ¡Oh, cómo os he buscado desde hace seis semanas! ¿Ya no vivís allá?

- No -dijo Marius.

- ¡Oh! Ya comprendo. A causa de aquello. ¿Dónde vivís ahora?

Marius no respondió.

- Parece que no os alegráis de verme. Y, sin embargo, si quisiera os obligaría a estar contento.

- ¿Contento -preguntó Marius-, qué queréis decir?

- ¡Ah! ¡Antes me llamabais de tú!

- Pues bien; ¿qué quieres decir?

Eponina se mordió el labio, parecía dudar como si fuera presa de una lucha interior; por fin, pareció decidirse.

- Bueno, peor para mí, qué vamos a hacer. Estáis triste y quiero que estéis contento. ¡Pobre señor Marius! Ya sabéis, me habéis prometido que me daríais todo lo que yo quisiera...

- ¡Sí, pero habla de una vez!

Ella miró a Marius fijamente a los ojos y le dijo:

- ¡Tengo la dirección!

Marius se puso pálido. Toda su sangre refluyó al corazón.

- ¿Qué dirección?

- Ya sabéis, las señas de la señorita.

Y así que pronunció esta palabra, suspiró profundamente.

Marius le cogió violentamente la mano.

- ¡Llévame! ¡Pídeme todo lo que quieras! ¿Dónde es?

- Venid conmigo. No sé bien la calle ni el número; es al otro extremo, pero conozco bien la casa.

Retiró entonces la mano, y dijo en un tono que hubiera lacerado el corazón de un observador, pero que no llamó la atención de Marius, embriagado y loco de felicidad:

- ¡Ah! ¡Qué contento estáis ahora!

Una nube pasó por la frente de Marius.

- ¡Júrame una cosa! -dijo cogiendo a Eponina del brazo.

- ¡Jurar! -dijo ella-; ¿qué quiere decir eso? ¡Vaya! ¿Queréis que jure?

Y se echó a reír.

- ¡Tu padre! ¡Prométeme, Eponina, júrame que no darás esa dirección a tu padre!

Eponina se volvió hacia él con una mirada de asombro.

- ¿Cómo sabéis que me llamo Eponina?

- ¡Respóndeme, en nombre del cielo! ¡Júrame que no se lo dirás a tu padre!

- ¡Mi padre! ¡Ah, sí, mi padre! Estad tranquilo. Está preso e incomunicado.

- ¿Pero no me lo prometes? -exclamó Marius.

- ¡Sí, sí os lo prometo! ¡Os lo juro! ¡Qué me importa! ¡No diré nada a mi padre!

- Ni a nadie -dijo Marius.

- Ni a nadie.
- Ahora, llévame.
- Venid. [Oh, qué contento está! -dijo la joven.

A los pocos pasos se detuvo.

- Me seguís muy de cerca, señor Marius. Dejadme ir delante de vos y seguidme así no más, como si tal cosa. No deben ver a un caballero como vos con una mujer como yo.

Ningún idioma podría expresar lo que encerraba la palabra mujer dicha así por aquella niña. Dio unos pasos, y se detuvo otra vez.

- A propósito, ¿recordáis que habéis prometido una cosa?

Marius registró el bolsillo. No poseía en el mundo más que los cinco francos destinados a Thenardier; los sacó, y los puso en la mano de Eponina.

Ella abrió los dedos, dejó caer la moneda al suelo, y dijo mirando a Marius con aire sombrío:

- No quiero vuestro dinero.

Capítulo 5

La casa del secreto

En el mes de octubre de 1829, un hombre de cierta edad había alquilado una casa en la calle Plumet y se había instalado allí con una jovencita y una anciana criada. Los vecinos no murmuraban nada, por la sencilla razón de que no los había.

Este inquilino tan silencioso era Jean Valjean, y la joven, Cosette. La criada era una solterona llamada Santos, vieja, provinciana y tartamuda; tres cualidades que habían determinado a Jean Valjean a tomarla a su servicio. Había alquilado la casa con el nombre del señor Ultimo Fauchelevent, rentista.

¿Por qué había abandonado Jean Valjean el convento del Pequeño Picpus? ¿Qué había sucedido? Nada había sucedido.

Un día se dijo que Cosette tenía derecho a conocer el mundo antes de renunciar a él; que privarla de antemano y sin consultarla de todos los goces, bajo el pretexto de salvarla de todas las pruebas, y aprovecharse de su ignorancia y de su aislamiento para hacer germinar en ella una vocación artificial, sería desnaturalizar una criatura humana, y engañar a Dios. Se resolvió, pues, a abandonar el convento.

Cinco años de encierro y de desaparición entre aquellas cuatro paredes habían destruido y dispersado necesariamente los elementos de temor; podía volver con tranquilidad a vivir entre los hombres; había envejecido, y estaba cambiado. ¿Quién había de reconocerlo ahora? Y aun en el peor caso, sólo corría peligro por sí mismo, y no tenía derecho para condenar a Cosette al claustro por la razón de que él había sido condenado a presidio. Por otra parte, ¿qué es el peligro ante el deber? Y por último, nada le impedía ser prudente, y tomar sus precauciones.

En cuanto a la educación de Cosette, estaba casi terminada y era bastante completa. Jean Valjean, después de decidirse, sólo

esperó una ocasión, y no tardó ésta en presentarse: el viejo Fauchelevent murió.

Jean Valjean pidió audiencia a la reverenda priora, y le dijo que habiendo recibido a la muerte de su hermano una modesta herencia que le permitía vivir sin trabajar, pensaba dejar el servicio del convento y llevarse a su nieta; pero que, como no era justo que Cosette no pronunciando el voto hubiese sido educada gratuitamente, con humildad suplicaba a la reverenda priora le permitiese ofrecer a la comunidad una suma de cinco mil francos, como indemnización de los cinco años que Cosette había pasado en el convento.

Jean Valjean no salió al aire libre sin experimentar una profunda ansiedad.

Descubrió la casa de la calle Plumet y allí se quedó; al mismo tiempo alquiló otras dos casas en París, con objeto de atraer la atención menos que viviendo siempre en el mismo barrio, y de no encontrarse desprevenido, como la noche en que se escapó tan milagrosamente de Javert. Estas otras casas eran dos edificios feos y de aspecto pobre, en dos barrios muy separados uno de otro; uno en la calle del Oeste, y otro en la del Hombre Armado. Iba de cuando en cuando ya a la una o a la otra a pasar un mes o seis semanas con Cosette. Y así tenía tres casas en París para huir de la policía.

Capítulo 6

Jean Valjean, guardia nacional

El señor Fauchelevent, rentista, era guardia nacional; no había podido escaparse de las apretadas redes del censo de 1831. El empadronamiento municipal llegó en aquella época hasta el convento del Pequeño Picpus, de donde Ultimo Fauchelevent había salido intachable a los ojos del alcalde, y por consiguiente digno de hacer guardias.

Jean Valjean se ponía el uniforme y entraba de guardia tres o cuatro veces al año, y lo hacía con gusto, porque el uniforme era para él un correcto disfraz que lo mezclaba con todo el mundo. Acababa de cumplir sesenta años, edad de la exención legal, pero no aparentaba más de cincuenta; no tenía estado civil; ocultaba su nombre, ocultaba su edad, ocultaba su identidad, lo ocultaba todo; y como hemos dicho, era un guardia nacional de buena voluntad. Toda su ambición era asemejarse a cualquiera que pagase sus contribuciones. El ideal de este hombre era, en lo interior, el ángel, y en lo exterior, el burgués.

Cuando salía con Cosette, se vestía como ya lo hemos visto antes y parecía un militar retirado. Cuando salía solo, comúnmente por la noche, usaba siempre una chaqueta y un pantalón de obrero y una gorra que le ocultaba el rostro. ¿Era precaución o humildad? Ambas cosas a la vez.

Cosette estaba acostumbrada ya al aspecto enigmático de su destino, y apenas notaba las rarezas de su padre. En cuanto a Santos, veneraba a Jean Valjean y hallaba bueno todo lo que hacía.

Ninguno de los tres entraban o salían más que por la puerta trasera que daba a la calle de Babilonia; de modo que, de no verlos por la verja del jardín, era difícil adivinar que vivían en la calle Plumet. Esta verja estaba siempre cerrada, y Jean

Valjean dejó el jardín sin cultivar para que no llamara la atención. Tal vez se equivocó.

Este jardín, abandonado a sí mismo por más de medio siglo, se había transformado en algo extraordinario y encantador. Los que pasaban frente a esa antigua verja cerrada con candado, se detenían a contemplar aquella verde espesura.

Había un banco de piedra en un rincón y dos o tres estatuas enmohecidas. La naturaleza había invadido todo; las zarzas subían por los troncos de los árboles cuyas ramas bajaban hasta el suelo; ramillas, troncos, hojas, sarmientos, espinas, todo se entremezclaba en este apogeo de la maleza, y hacía que en un pequeño jardín parisiense reinara la majestad de un bosque virgen.

En este entorno, Jean Valjean y Cosette vivían felices. Jean Valjean arregló la casa para Cosette, que vivía allí con Santos, con todas las comodidades, y él se instaló en la habitación del portero, que estaba situada aparte, en el patio trasero.

Capítulo 7

La rosa descubre que es una máquina de guerra

Cosette adoraba a su padre con toda el alma.

Como él no vivía dentro de la casa ni iba al jardín, a ella le gustaba más pasar el día en el patio de atrás, en esa habitación sencilla, que en el salón lleno de muebles finos.

Él le decía a veces, dichoso de que lo importunara:

- ¡Ya, ándate a la casa, déjame en paz solo un rato!

Ella solía reprenderlo, como se impone una hija al padre:

- ¡Hace tanto frío en vuestra casa! ¿Por qué no ponéis una alfombra y una estufa?

- Niña mía, hay tanta gente mejor que yo que no tiene ni un techo sobre su cabeza.

- ¿Entonces por qué yo tengo siempre fuego en la chimenea?

- Porque eres mujer, y eres una niña.

Otra vez le dijo:

- Padre, ¿por qué coméis ese pan tan malo?

- Porque sí, hija mía.

- Entonces, si vos lo coméis, yo también lo comeré.

De modo que para que Cosette no comiera pan negro, Jean Valjean comenzó a comer pan blanco.

Ella no recordaba a su madre, ni siquiera sabía su nombre, de modo que todo su amor se volcaba en este padre bondadoso. Y él era dichoso.

Cuando salía con él, la niña se apoyaba en su brazo, orgullosa, feliz. El pobre hombre se estremecía inundado de una dicha angelical; se decía que esto duraría toda la vida; pensaba que no había sufrido lo suficiente para merecer tanta felicidad, y agradecía a Dios en el fondo de su alma por haberle permitido ser amado por este ser inocente.

Un día Cosette se miró por casualidad al espejo, y le pareció que era bonita, lo cual la turbó mucho, pues había oído decir que era fea. Otra vez, yendo por la calle, le pareció oír a uno, a quien no pudo ver, que decía detrás de ella: Linda muchacha, pero muy mal vestida. "¡Bah! -pensó ella-, no lo dice por mí. Yo soy fea, y voy bien vestida." Y no se miró más al espejo.

Una mañana estaba en el jardín y oyó que Santos decía:

- Señor, ¿no habéis observado qué bonita se va poniendo la señorita?

Cosette subió a su cuarto, corrió al espejo y dio un grito de asombro.

¡Era linda! Su tipo se había formado, su cutis había blanqueado, y sus cabellos brillaban; un esplendor desconocido se había encendido en sus ojos azules.

Jean Valjean, por su parte, experimentaba una profunda e indefinible opresión en su corazón.

Era que, en efecto, desde hacía algún tiempo, contemplaba con terror aquella belleza que se presentaba cada día más esplendorosa. Comprendió que aquello era un cambio en su vida feliz, tan feliz, que no se atrevía a alterarla en nada por temor a perder algo.

Aquel hombre que había pasado por todas las miserias; que aún estaba sangrando por las heridas que le había hecho el destino; que había sido casi malvado y que había llegado a ser casi santo; aquel hombre a quien la ley no había perdonado todavía y que podía en cualquier momento ser devuelto a la prisión, lo aceptaba todo, lo disculpaba todo, lo perdonaba todo, lo bendecía todo, tenía benevolencia para todo, y no pedía a la Providencia, a los hombres, a las leyes, a la sociedad, a la Naturaleza, al mundo, más que una cosa: ¡que Cosette siguiera amándolo! ¡Que Dios no le impidiese llegar al corazón de aquella niña y permanecer en él! Si Cosette lo amaba, se sentía sanado, tranquilo, en paz, recompensado, coronado. Si Cosette lo amaba era feliz; ya no pedía más. Nunca había sabido lo que era la belleza de una mujer; pero por instinto comprendía que era una cosa terrible.

Jean Valjean desde el fondo de su fealdad, de su vejez, de su miseria, de su opresión, miraba asustado aquella belleza que se presentaba cada día más triunfante y soberbia a su lado, a su vista. Y se decía: "¡Qué hermosa es! ¿Qué va a ser de

mí?" En esto estaba la diferencia entre su ternura y la ternura de una madre; lo que él veía con angustia, lo habría visto una madre con placer.

No tardaron mucho en manifestarse los primeros síntomas.

Desde el día siguiente a aquel en que Cosette se había dicho: "*Parece que soy bonita*", recordó lo que había dicho el transeúnte: "*Bonita, pero mal vestida*". De inmediato aprendió la ciencia del sombrero, del vestido, de la bota, de los manguitos, de la tela de moda, del color que mejor sienta; esa ciencia que hace a la mujer parisiense tan seductora, tan profundamente peligrosa.

El primer día que Cosette salió con un vestido nuevo y un sombrero de crespón blanco, se cogió del brazo de Jean Valjean alegre, radiante, sonrosada, orgullosa, esplendorosa.

- Padre -dijo-, ¿cómo me encontráis?

El respondió con una voz semejante a la de un envidioso:

- ¡Encantadora!

Desde aquel momento observó que Cosette quería salir siempre y no tenía ya tanta afición al patio interior; le gustaba más estar en el jardín, y pasearse por delante de la verja. En esta época fue cuando Marius, después de pasados seis meses, la volvió a ver en el Luxemburgo.

Capítulo 8

Empieza la batalla

En ese instante en que Cosette dirigió, sin saberlo, aquella mirada que turbó a Marius, éste no sospechó que él dirigió otra mirada que turbó también a Cosette, haciéndole el mismo mal y el mismo bien.

Hacía ya algún tiempo que lo veía y lo examinaba, como las jóvenes ven y examinan, mirando hacia otra parte. Marius encontraba aún fea a Cosette, cuando Cosette encontraba ya hermoso a Marius. Pero, como él no hacía caso de ella, este joven le era muy indiferente.

El día en que sus ojos se encontraron y se dijeron por fin bruscamente esas primeras cosas oscuras e inefables que balbucea una mirada, Cosette no las comprendió al momento. Volvió pensativa a la casa de la calle del Oeste donde habían ido a pasar seis semanas.

Aquel día la mirada de Cosette volvió loco a Marius, y la mirada de Marius puso temblorosa a Cosette. Marius se fue contento. Cosette inquieta. Desde aquel instante se adoraron.

Todos los días esperaba Cosette con impaciencia la hora del paseo; veía a Marius, sentía una felicidad indecible, y creía expresar sinceramente todo su pensamiento con decir a Jean Valjean: «Qué delicioso jardín es el Luxemburgo!»

Marius y Cosette no se hablaban, no se saludaban, no se conocían: se veían y, como los astros en el cielo que están separados por millones de leguas, vivían de mirarse.

De este modo iba Cosette haciéndose mujer, bella y enamorada, con la conciencia de su hermosura y la ignorancia de su amor.

Capítulo 9

A tristeza, tristeza y media

La sabia y eterna madre Naturaleza advertía sordamente a Jean Valjean la presencia de Marius; y Jean Valjean temblaba en lo más oscuro de su pensamiento; no veía nada, no sabía nada, y consideraba, sin embargo, con obstinada atención las tinieblas en que estaba, como si sintiera por un lado una cosa que se construyera, y por otro una cosa que se derrumbara. Marius, advertido también, y lo que es la profunda ley de Dios, por la misma madre Naturaleza, hacía todo lo que podía por ocultarse del padre. Sus ademanes no eran del todo naturales. Se sentaba lejos, y permanecía en éxtasis; llevaba un libro, y hacía que leía: ¿por qué hacía que leía? Antes iba con su levita vieja, y ahora llevaba todos los días el traje nuevo; tenía ojos picarescos, y usaba guantes. En una palabra, Jean Valjean lo detestaba cordialmente.

Un día no pudo contenerse y dijo:

- ¡Qué aire tan pedante tiene ese joven!

Cosette el año anterior, cuando era niña indiferente, hubiera respondido:

- No, padre, es un joven simpático.

En el momento de la vida y del estado de corazón en que se encontraba, se limitó a contestar con una calma suprema, como si lo mirara por primera vez en su vida:

- ¿Ese joven?

- ¡Qué estúpido soy! -pensó Jean Valjean-. Cosette no se había fijado en él. ¡Oh, inocencia de los viejos! ¡Oh, profundidad de la juventud!

Jean Valjean empezó contra Marius una guerrilla que éste, con la sublime estupidez de su pasión y de su edad, no adivinó. Le tendió una serie de emboscadas; Marius cayó de cabeza en todas. Mientras tanto Cosette seguía encerrada en su aparente

indiferencia y en su imperturbable tranquilidad; tanto, que Jean Valjean sacó esta conclusión: Ese necio está enamorado locamente de Cosette, pero Cosette ni siquiera sabe que existe.

Mas no por esto era menor la agitación dolorosa de su corazón. De un instante a otro podía sonar la hora en que Cosette empezara a amar. ¿No empieza todo por la indiferencia? ¿Qué viene a buscar ese joven? ¿Una aventura? ¿Qué quiere? ¿Un amorío?

—Un amorío! —Y yo! ¿Qué? —Habré sido primero el hombre más miserable, y después el más desgraciado! —Habré pasado sesenta años viviendo de rodillas; habré padecido todo lo que se puede padecer; habré envejecido sin haber sido joven; habré vivido sin familia, sin padres, sin amigos, sin mujer, sin hijos; habré dejado sangre en todas las piedras, en todos los espinos, en todas las esquinas, en todas las paredes; habré sido bueno, aunque hayan sido malos conmigo; me habré hecho bueno, a pesar de todo; me habré arrepentido del mal que he hecho, y habré perdonado el que me han causado; y en el momento en que recibo mi recompensa, en el momento que toco el fin, en el momento que tengo lo que quiero, que es bueno, que lo he pagado, y lo he ganado, desaparecerá todo, se me irá de las manos, perderé a Cosette, y perderé mi vida, mi alegría, mi alma, porque a un necio le haya gustado venir a vagar por el Luxemburgo!

Cuando supo que Marius había hecho preguntas al portero de su casa, se mudó, prometiéndose no volver a poner los pies en el Luxemburgo ni en la calle del Oeste; y se volvió a la calle Plumet.

Cosette no se quejó, no dijo nada, no preguntó nada, no trató de saber ningún por qué; estaba ya en el período en que se teme ser descubierta y vendida. Jean Valjean no tenía experiencia en ninguna de estas miserias, lo cual fue causa de que no comprendiera el grave significado del silencio de Cosette. Solamente observó que estaba triste y se puso sombrío. Por una y otra parte dominaba la inexperiencia.

Un día hizo una prueba y preguntó a Cosette:

- ¿Quieres venir al Luxemburgo?

Un rayo iluminó el pálido rostro de Cosette.

- Sí -contestó.

Fueron. Habían pasado tres meses. Marius no iba ya; Marius no estaba allí.

Al día siguiente, Jean Valjean volvió a decir a Cosette:

- ¿Quieres venir al Luxemburgo?

Y respondió triste y dulcemente:

- No.

Jean Valjean quedó dolorido por esa tristeza, y lastimado por esa dulzura. ¿Qué pasaba en aquella alma tan joven todavía, y tan impenetrable ya? ¿Qué transformación se estaba verificando en ella? ¿Qué sucedía en el alma de Cosette? En aquellos momentos, ¿qué miradas tan dolorosas volvía hacia el claustro! ¿Cómo se lamentaba de su abnegación y de su demencia de haber vuelto a Cosette al mundo, pobre héroe del sacrificio, cogido y derribado por su mismo desinterés! "¿Qué he hecho?", se decía.

Por lo demás, Cosette ignoraba todo esto. Jean Valjean no tenía para ella peor humor ni más rudeza; siempre la misma fisonomía serena y buena; sus modales eran más tiernos, más paternales que nunca. Cosette, por su parte, iba decayendo de ánimo. En la ausencia de Marius, padecía, como había gozado en su presencia sin explicárselo.

- ¿Qué tienes? -preguntaba algunas veces Jean Valjean.

- No tengo nada. Y vos, padre, ¿tenéis algo?

- ¿Yo? Nada.

Aquellos dos seres que se habían amado tanto, y con tan tierno amor, y que habían vivido por tanto tiempo el uno para el otro, padecían ahora cada cual por su lado, uno a causa del otro; sin culparse mutuamente, y sonriendo.

Capítulo 10

Socorro de abajo puede ser socorro de arriba

Una tarde, el pequeño Gavroche no había comido y recordó que tampoco había cenado el día anterior, lo que era ya un poco cansador. Tomó, pues, la resolución de buscar algún medio de cenar. Se fue a dar vueltas más allá de la Salpêtrière, por los sitios desiertos, donde suele encontrarse algo; y así llegó hasta unas casuchas que le parecieron ser el pueblecillo de Austerlitz.

En uno de sus anteriores paseos había visto allí un jardín cuidado por un anciano y donde crecía un buen manzano. Una manzana es una cena, una manzana es la vida. Lo que perdió a Adán podía salvar a Gavroche.

Se dirigió entonces hacia el jardín; reconoció el manzano, identificó la fruta, y examinó el seto; se aprestaba a saltarlo, pero se detuvo de repente. Escuchó voces en el jardín, y se puso a mirar por un hueco.

A dos pasos de él, al otro lado del seto, estaba sentado el viejo dueño del jardín, y delante de él había una anciana que refunfuñaba.

Gavroche, que era poco discreto, escuchó.

- ¡Señor Mabeuf! -decía la vieja.

- ¡Mabeuf -pensó Gavroche-; ese nombre es un chiste.

El viejo, sin levantar la vista, respondió:

- ¿Qué pasa, señora Plutarco?

- ¡Señora Plutarco! -pensó Gavroche-. Otro chiste.

- El casero no está contento -dijo ella-. Se le deben tres plazos.

- Dentro de tres meses se le deberán cuatro.

- Dice que os echará a la calle.

- Y me iré.

- La tendera quiere que se le pague; ya no nos fía leña. ¿Con qué os calentaréis este invierno? No tendremos lumbre.

- Hay sol.

- El carnicero nos niega el crédito.

- Está bien. Digiero mal la carne; es muy pesada.

- ¿Y qué comeremos?

- Pan.

- El panadero quiere que se le dé algo a cuenta, y dice que si no hay dinero, no hay pan.

- Bueno.

- ¿Y qué comeremos?

- Nos quedan las manzanas del manzano.

- Pero, señor, no se puede vivir así, sin dinero.

- ¡Y si no lo tengo!

La anciana se fue, y el anciano se quedó solo meditando. Gavroche meditaba por otro lado. Era ya casi de noche.

El primer resultado de la meditación de Gavroche fue que en vez de escalar el seto, se acurrucó debajo, donde las ramas se separaban un poco en la parte baja de la maleza. Estaba casi afirmado contra el banco del señor Mabeuf.

- ¡Qué buena alcoba! -murmuró.

La calle formaba una línea pálida entre dos filas de espesos arbustos. De repente, en esa línea blanquecina, aparecieron dos sombras. Una iba delante y la otra algunos pasos detrás.

- ¡Vaya, dos personajes! -susurró Gavroche.

La primera sombra parecía la de algún viejo encorvado y pensativo, vestido con sencillez, que andaba con lentitud a causa de la edad, y que paseaba a la luz de las estrellas.

La segunda era recta, firme, delgada. Acomodaba su paso al de la primera; pero en la lentitud voluntaria de la marcha se descubría la esbeltez, la agilidad, la elegancia de aquella sombra. Levita impecable, fino pantalón. Por debajo del sombrero se entreveía en el crepúsculo el pálido perfil de un adolescente. Tenía una rosa en la boca.

Esta segunda sombra era conocida de Gavroche: era Montparnasse, el bandido de Patrón-Minette, el amigo de Thenardier.

En cuanto a la otra, sólo podía decir que era un anciano.

Gavroche se puso al momento a observar. Uno de los dos tenía evidentemente proyectos sobre el otro y Gavroche estaba

muy bien situado para ver el resultado. Montparnasse de cacería, a aquella hora y en aquel lugar, era algo amenazador.

Gavroche sentía que su corazón de pilluelo se conmovía de lástima por el viejo. Pero ¿qué hacer? ¿Intervenir? ¿Había de socorrer una debilidad a otra? Sería sólo dar motivo para que se riera Montparnasse. Gavroche sabía muy bien que para aquel terrible bandido de dieciocho años, el viejo primero, y el niño después, eran dos buenos bocados.

Mientras que Gavroche deliberaba, tuvo efecto el ataque brusco y tremendo.

Montparnasse de súbito tiró la rosa, saltó sobre el viejo y le agarró del cuello. Un momento después, uno de estos hombres estaba debajo del otro, rendido, jadeante, forcejeando, con una rodilla de mármol sobre el pecho. Sólo que no había sucedido lo que Gavroche esperaba. El que estaba en tierra era Montparnasse; el que estaba encima era el viejo. Todo esto ocurría a algunos pasos de Gavroche.

Quedó todo en silencio. Montparnasse cesó de forcejear, y Gavroche se dijo: ¡Estará muerto!

El viejo no había pronunciado una palabra, ni lanzado un grito; se levantó, y Gavroche oyó que decía a Montparnasse:

- Párate.

Montparnasse se levantó, sin que el viejo lo soltara; tenía la actitud humillada y furiosa de un lobo mordido por un cordero.

Gavroche miraba y escuchaba; se divertía a morir.

El viejo preguntaba y Montparnasse respondía.

- ¿Qué edad tienes?

- Diecinueve años.

- Eres fuerte, ¿por qué no trabajas?

- Porque me aburre.

- ¿Qué eres?

- Holgazán.

- ¿Puedo hacer algo por ti? ¿Qué quieres ser?

- Ladrón.

Mirando fijamente a Montparnasse, el viejo elevó con suavidad la voz y le dirigió en aquella sombra en que estaban una especie de sermón solemne, del que Gavroche no perdió ni una sílaba.

- Hijo mío: tú entras por pereza en la existencia más laboriosa. ¡Ah! Tú te declaras holgazán, pues prepárate a trabajar. No

has querido tener el honrado cansancio de los hombres, tendrás el sudor de los condenados. Donde los demás canten, tú gruñirás. Verás de lejos trabajar a los demás hombres, y te parecerá que descansan. Para salir a la calle, cualquiera no tiene que hacer más que bajar la escalera, pero tú romperás las sábanas, harás con sus tiras una cuerda, pasarás por la ventana, te suspenderás colgado de ese hilo sobre un abismo, de noche, en medio de la tempestad, en medio de la lluvia, en medio del huracán, y si la cuerda es corta, sólo encontrarás un medio de bajar: tirarte. Tirarte a ciegas en el precipicio, desde una altura cualquiera a lo desconocido. [Ah! [No te gusta trabajar! No tienes más que un pensamiento: beber bien, comer bien, dormir bien. Pues beberás agua, comerás pan negro, dormirás en una tabla con una cadena ceñida a tus piernas. Romperás esa cadena y huirás. Bien; pero te arrastrarás entre las matas y comerás hierba como los animales del monte. Y volverás a caer preso; y entonces pasarás los años en una mazmorra. Quieres lucir buena ropa, zapatos lustrosos, pelo rizado, usar en la cabeza perfumes, agradar a las jóvenes, ser elegante; pues bien, te cortarán el pelo al rape, te pondrás una chaqueta roja y unos zuecos. Quieres llevar sortijas en los dedos, y tendrás una argolla al cuello; y si miras a una mujer, te darán un palo. Entrarás allí a los veinte años, y saldrás a los cincuenta. Entrarás joven, sonrosado, fresco, con ojos brillantes, dientes blancos, y hermosa cabellera, saldrás cascado, encorvado, lleno de arrugas, sin dientes, horrible, y con el pelo blanco. [Ah, pobre niño!, te equivocas; la holgazanería te aconseja mal; el trabajo más rudo es el robo. Créeme, no emprendas la penosa profesión del perezoso; no es cómodo ser ratero. Menos malo es ser hombre honrado. Anda ahora, y piensa en lo que te he dicho. Pero, ¿qué querías? ¿Mi bolsa? Aquí la tienes.

Y el viejo, soltando a Montparnasse, le puso en la mano su bolsa, a la que Montparnasse tomó el peso; después de lo cual, con la misma precaución maquinal que si la hubiese robado, la dejó caer suavemente en el bolsillo de atrás de su pantalón.

Hecho esto, el anciano volvió la espalda, y siguió su paseo.

- [Viejo imbécil! -murmuró Montparnasse.

¿Quién era aquel viejo? El lector lo habrá adivinado sin duda.

Montparnasse, estupefacto, miró cómo desaparecía en el crepúsculo; pero esta contemplación le fue fatal.

Mientras que el viejo se apartaba, Gavroche se aproximaba.

Saliendo de la maleza, se arrastró en la sombra por detrás de Montparnasse que seguía inmóvil. Así llegó hasta él sin ser visto ni oído. Metió suavemente la mano en el bolsillo de atrás de su pantalón, cogió la bolsa, retiró la mano y volviendo a la rastra, hizo en la oscuridad una evolución de culebra. Montparnasse, que no tenía motivo para estar en guardia, y que meditaba quizás por primera vez en su vida, no notó nada. Gavroche, así que llegó donde estaba el señor Mabeuf, tiró la bolsa por encima del seto, y huyó a todo correr.

La bolsa cayó a los pies del señor Mabeuf. El ruido lo despertó; se inclinó, la cogió y la abrió sin comprender nada. Era una bolsa que contenía seis napoleones. El señor Mabeuf, muy asustado, la llevó a su criada.

- Esto viene del cielo -dijo la tía Plutarco.

Parte 3

Cuyo fin no se parece al principio

Capítulo **1**

Miedos de Cosette

Click to edit this text.

Capítulo 2

Un corazón bajo una piedra

Comenzaba así:

"La reducción del Universo a un solo ser, la dilatación de un solo ser hasta Dios; esto es el amor. [Qué triste está el alma cuando está triste por el amor! [Qué vacío tan inmenso es la ausencia del ser que llena el mundo! [Oh! [Cuán verdadero es que el ser amado se convierte en Dios! Basta una sonrisa vislumbrada para que el alma entre en el palacio de los sueños.

Ciertos pensamientos son oraciones. Hay momentos en que cualquiera que sea la actitud del cuerpo, el alma está de rodillas.

Los amantes separados engañan la ausencia con mil quimeras, que tienen, no obstante, su realidad. Se les impide verse; no pueden escribirse; pero tienen una multitud de medios misteriosos de correspondencia. Se envían el canto de los pájaros, el perfume de las flores, la risa de los niños, la luz del sol, los suspiros del viento, los rayos de las estrellas, toda la creación. ¿Y por qué no? Todas las obras de Dios están hechas para servir al amor.

El amor es una parte del alma misma, es de la misma naturaleza que ella, es una chispa divina; como ella, es incorruptible, indivisible, imperecedero. Es una partícula de fuego que está en nosotros, que es inmortal a infinita, a la cual nada puede limitar, ni amortiguar. Se la siente arder hasta en la médula de los huesos, y se la ve brillar hasta en el fondo del cielo.

¿Viene ella aún al Luxemburgo? No, señor. En esta iglesia oye misa, ¿no es verdad? No viene ya. ¿Vive todavía en esta casa? Se ha mudado. ¿Adónde ha ido a vivir? No lo ha dicho.

[Qué cosa tan triste es no saber dónde habita su alma!

Los que padecéis porque amáis, amad más aún. Morir de amor es vivir.

Vi en la calle a un joven muy pobre que amaba. Llevaba un sombrero roto, una levita vieja con los codos parchados; el agua entraba a través de sus zapatos, y los astros a través de su alma."

Y así seguían sus pensamientos, página a página, para terminar diciendo:

"Si no hubiera quien amase, se apagaría el sol".

Mientras leía el cuaderno, Cosette iba cayendo poco a poco en un ensueño. Estaba escrito, pensaba, por la misma mano, pero con diversa tinta, ya negra, ya blanquecina, como cuando se acaba la tinta y se vuelve a llenar el tintero, y por consiguiente en distintos días. Era, pues, un pensamiento que se había derramado allí suspiro a suspiro, sin orden, sin elección, sin objeto, a la casualidad. Cosette no había leído nunca nada semejante. Aquel manuscrito en que se veía más claridad que oscuridad, le causaba el mismo efecto que un santuario entreabierto. Cada una de sus misteriosas líneas resplandecía a sus ojos y le inundaba el corazón de una luz extraña. Descubría en aquellas líneas una naturaleza apasionada, ardiente, generosa, honrada; una voluntad sagrada, un inmenso dolor y una esperanza inmensa; un corazón oprimido y un éxtasis manifestado.

¿Y qué era aquel manuscrito? Una carta. Una carta sin señas, sin nombre, sin fecha, sin firma, apremiante y desinteresada. ¿Quién la había escrito?

Cosette no dudó ni un minuto. Sólo un hombre. ¡El!

¡Era él quien le escribía! ¡El, que estaba allí! ¡El, que la había encontrado!

Entró en la casa y se encerró en su cuarto para volver a leer el manuscrito, para aprenderlo de memoria, y para pensar. Cuando lo hubo leído, lo besó y lo guardó.

Pasó todo el día sumida en una especie de aturdimiento.

Capítulo 3

Los viejos desaparecen en el momento oportuno

Cuando llegó la noche, salió Jean Valjean, y Cosette se vistió. Se peinó del modo que le sentaba mejor y se puso un bonito vestido. ¿Quería salir? No. ¿Esperaba una visita? No.

Al anocheecer bajó al jardín. Empezó a pasear bajo los árboles, separando de tanto en tanto algunas ramas con la mano porque las había muy bajas.

Así llegó al banco. Se sentó, y puso su mano sobre la piedra, como si quisiese acariciarla y manifestarle agradecimiento.

De pronto sintió esa sensación indefinible que se experimenta, aun sin ver, cuando se tiene alguien detrás. Volvió la cabeza y se levantó. Era él.

Tenía la cabeza descubierta; parecía pálido y delgado. Tenía, bajo un velo de incomparable dulzura, algo de muerte y de noche. Su rostro estaba iluminado por la claridad del día que muere y por el pensamiento de un alma que se va.

Cosette no dio ni un grito. Retrocedió lentamente, porque se sentía atraída. El no se movió. Cosette sentía la mirada de sus ojos, que no podía ver a través de ese velo inefable y triste que lo rodeaba.

Cosette, al retroceder, encontró un árbol, y se apoyó en él; sin ese árbol se hubiera caído al suelo. Entonces oyó su voz, aquella voz que nunca había oído, que apenas sobresalía del susurro de las hojas, y que murmuraba:

- Perdonadme por estar aquí, pero no podía vivir como estaba y he venido. ¿Habéis leído lo que dejé en ese banco? ¿Me reconocéis? No tengáis miedo de mí. ¿Os acordáis de aquel día, hace ya mucho tiempo, en que me mirasteis? Fue en el Luxemburgo, cerca del Gladiador. ¿Y del día que pasasteis cerca de mí? El 16 de junio y el 2 de julio. Va a hacer un año. Hace

mucho tiempo que no os veía. Vivíais en la calle del Oeste, en un tercer piso; ya veis que lo sé. Yo os seguía. Después habéis desaparecido. Por las noches vengo aquí. No temáis; nadie me ve; vengo a mirar vuestras ventanas de cerca. Camino suavemente para que no lo oigáis, porque podríais tener miedo. Sois mi ángel, dejadme venir; creo que me voy a morir. [Si supieseis! [Os adoro! Perdonadme; os hablo, y no sé lo que os digo; os incomodo tal vez. ¿Os incomodo?

- [Oh, madre mía! -murmuró Cosette. Se le doblaron las piernas como si se muriera.

El la cogió; ella se desmayaba; la tomó en sus brazos, la estrechó sin tener conciencia de lo que hacía, y la sostuvo temblando. Estaba perdido de amor. Balbuceó:

- ¿Me amáis, pues?

Cosette respondió en una voz tan baja, que no era más que un soplo que apenas se oía:

- [Ya lo sabéis!

Y ocultó su rostro lleno de rubor en el pecho del joven.

No tenían ya palabras. Las estrellas empezaban a brillar. ¿Cómo fue que sus labios se encontraron? ¿Cómo es que el pájaro canta, que la nieve se funde, que la rosa se abre?

Un beso; eso fue todo.

Los dos se estremecieron, y se miraron en la sombra con ojos brillantes.

No sentían ni el frío de la noche, ni la frialdad de la piedra, ni la humedad de la tierra, ni la humedad de las hojas; se miraban, y tenían el corazón lleno de pensamientos. Se habían cogido las manos sin saberlo.

Poco a poco se hablaron. La expansión sucedió al silencio, que es la plenitud. La noche estaba serena y espléndida por encima de sus cabezas. Aquellos dos seres puros como dos espíritus, se lo dijeron todo: sus sueños, sus felicidades, sus éxtasis, sus quimeras, sus debilidades; cómo se habían adorado de lejos, cómo se habían deseado, y su desesperación cuando habían cesado de verse. Se confiaron en una intimidad ideal, que ya nunca sería mayor, lo que tenían de más oculto y secreto.

Cuando se lo dijeron todo, ella reposó su cabeza en el hombro de Marius, y le preguntó:

- ¿Cómo os llamáis?

- Yo me llamo Marius. ¿Y vos?

- Yo me llamo Cosette.

Parte 4

El encanto y la desolación

Capítulo 1

Travesuras del viento

Desde 1823, mientras el bodegón de Montfermeil desaparecía poco a poco, no en el abismo de una bancarrota sino en la cloaca de las deudas pequeñas, los Thenardier habían tenido dos hijos varones; ahora eran cinco, dos mujeres y tres hombres, lo que fue demasiado para ellos.

La Thenardier se deshizo de los dos últimos, cuando eran aún muy pequeños, con una singular facilidad. Su odio al género humano empezaba en sus hijos varones. ¿Por qué? Porque sí.

Expliquemos cómo llegaron a librarse de estos hijos. Su gran amiga Magnon, que fuera criada del señor Gillenormand antes de Nicolasa, había conseguido sacarle al pobre viejo una buena pensión para sus dos hijos, haciéndole creer que era el padre. Pero en una epidemia murieron ambos en el mismo día. Esto fue un gran golpe, porque los niños representaban ochenta francos al mes para su madre.

La Magnon buscó una solución. Ella necesitaba dos hijos; la Thenardier los tenía, de la misma edad y sexo, y le estorbaban. Fue un buen arreglo para las dos madres y así los niños Thenardier se convirtieron en niños Magnon.

La Thenardier exigió diez francos al mes por el préstamo de sus hijos, lo que fue aceptado y pagado regularmente. En tanto, el señor Gillenormand iba cada seis meses a ver a los niños, y no notó el cambio.

- Señor -le decía la Magnon-, ¿cómo se parecen a vos!

Thenardier, para evitar problemas, se convirtió en Jondrette. Sus dos hijas y Gavroche apenas habían tenido tiempo de notar que tenían dos hermanos. En cierto grado de miseria se apodera del alma una especie de indiferencia espectral y se ve a los seres como a ánimas en pena.

Los dos niños tuvieron suerte, pues fueron criados como señoritos, y estaban mucho mejor que con su verdadera madre. La Magnon los cuidaba, los vestía bien y jamás decía ni una sola palabra en argot delante de ellos.

Así pasaron algunos años. Pero la redada hecha en el desván de Jondrette repercutió en una parte de esa inmundada sociedad del crimen que vive oculta. La prisión de Thenardier trajo la prisión de la Magnon.

Poco después de que ésta entregara a Eponina el mensaje relativo a la calle Plumet, se verificó en su barrio una repentina visita de la policía y la Magnon fue apresada.

Los dos niños jugaban afuera y no se dieron cuenta. Al volver hallaron la puerta cerrada y la casa vacía. Un vecino les dio un papel que les dejara la madre, con una dirección a la que debían dirigirse.

Los niños se alejaron, llevando el mayor el papel en la mano; hacía mucho frío, sus dedos hinchados se cerraban mal y apenas podían sostener el papel. Al dar vuelta la esquina se lo llevó una ráfaga de viento, y como caía la noche no pudieron encontrarlo.

Se pusieron a vagar por las calles.

Capítulo 2

Gavroche saca partido de Napoleón el grande

La primavera en París suele verse interrumpida por brisas ásperas y agudas que le dejan a uno por eso aterido de frío. Una tarde en que esas brisas soplaban rudamente, de modo que parecía haber vuelto el invierno y los parisienses se ponían nuevamente los abrigos, el pequeño Gavroche, temblando alegremente de frío bajo sus harapos, estaba parado y como en éxtasis delante de una peluquería de los alrededores de la calle Orme-Saint-Gervais. Llevaba un chal de lana de mujer, cogido no sabemos dónde, con el cual se había hecho un tapaboca. Parecía que admiraba embelesado una figura de cera, una novia adornada con azahares, que daba vueltas en el escaparate. Pero en realidad observaba la tienda para ver si podía birlar un jabón, que iría a vender enseguida a otra parte. Muchos días almorzaba con uno de esos jabones, y llamaba a este trabajo, para el cual tenía mucho talento, "*cortar el pelo al peluquero*".

Mientras Gavroche examinaba la vitrina, dos pequeños de unos siete y cinco años entraron a la tienda pidiendo algo con un murmullo lastimero, que más parecía un gemido que una súplica. Hablaban ambos a la vez y sus palabras eran ininteligibles, porque los sollozos ahogaban la voz del menor y el frío hacía castañetear los dientes del mayor. El barbero se volvió con rostro airado y, sin abandonar la navaja, los echó a la calle y cerró la puerta diciendo:

- ¡Venir a enfriarnos la sala por nada!

Los niños echaron a andar llorando. Empezaba a llover. Gavroche fue tras ellos.

- ¿Qué tenéis, pequeñuelos?

- No sabemos dónde dormir.

- ¿Y eso es todo? ¡Vaya gran cosa! ¡Y se llora!

Y adoptando un acento de tierna autoridad y de dulce protección, añadió:

- Criaturas, venid conmigo.

- Sí, señor -dijo el mayor.

Lo siguieron y dejaron de llorar. Gavroche los llevó en dirección a la Bastilla. En el camino se entretenía. Al pasar, salpicó de barro las botas lustradas de un transeúnte.

- ¡Bribón! -gritó éste furioso.

Gavroche sacó la nariz del tapaboca.

- ¿Se queja de algo el señor?

- ¡De ti!

- Se ha cerrado el despacho, y ya no admito reclamos.

Y se volvió a tapar la boca.

Mientras caminaban, escuchó un sollozo y descubrió junto a una puerta cochera a una muchachita de trece a catorce años, helada, y con un vestidito tan corto que apenas le llegaba a la rodilla.

- ¡Pobre niña! -dijo Gavroche-. No tiene ni calzones. ¡Ponte esto aunque sea!

Y quitándose el chal de lana que tenía al cuello, lo echó sobre los hombros delgados y amoratados de la niña, que lo contempló con asombro, y recibió el chal en silencio. En cierto grado de miseria, el pobre en su estupor no flora ya su mal ni agradece el bien.

Y Gavroche continuó su camino; los dos niños lo seguían. Pasaron frente a uno de esos estrechos enrejados de alambre que indican una panadería, porque el pan se pone como el oro detrás de rejas de hierro.

- A ver, muchachos, ¿habéis comido?

- Señor -repuso el mayor-, no hemos comido desde esta mañana.

- ¿No tenéis padre ni madre?

- Excúseme, señor, tenemos papá y mamá, pero no sabemos dónde están.

- A veces es mejor eso que saberlo -dijo Gavroche, que era un gran filósofo.

- Hace dos horas que buscamos por los rincones y no encontramos nada.

- Lo sé, los perros se lo comen todo.

Y continuó después de un momento de silencio:

- ¡Ea! Hemos perdido a nuestros autores. Eso no se hace, cachorros, no debemos perder así no más a las personas de edad. Pero como sea, hay que manducar.

No les hizo ninguna pregunta. ¿Qué cosa más normal que no tener domicilio? Se detuvo de pronto y registró todos los rincones que tenía en sus harapos. Por fin levantó la cabeza con una expresión que no quería ser satisfecha, pero que en realidad era triunfante.

- Calmémonos, monigotes. Ya tenemos con qué cenar los tres.

Y sacó de un bolsillo un sueldo. Los empujó hacia la tienda del panadero, y puso el sueldo en el mostrador, gritando:

- ¡Mono! Cinco céntimos de pan.

El panadero, que era el dueño en persona, cogió un pan y un cuchillo.

- ¡En tres pedazos, mozo! -gritó Gavroche, añadiendo con dignidad-: Somos tres.

El panadero cortó el pan y se guardó el sueldo. Gavroche tomó el pedazo más chico para sí y dijo a los niños:

- Ahora, ¡engullid, monigotes!

Los niños lo miraron sin comprender.

- ¡Ah, es verdad! -exclamó Gavroche riendo-. No entienden, son tan ignorantes los pobres.

Siempre riendo, les dijo:

- Comed, pequeños.

Los pobres niños estaban hambrientos, y Gavroche también. Se fueron comiendo el pan por la calle, y así llegaron a la lúgubre calle Ballets, al fondo de la cual se ve el portón de la cárcel de la Force.

- ¡Caramba! ¿Eres tú, Gavroche? -dijo alguien.

- ¡Caramba! ¿Eres tú, Montparnasse?

Un hombre acababa de acercarse al pilluelo; era Montparnasse disfrazado, con unos curiosos anteojos azules.

- ¡Diablos! -dijo Gavroche-. ¡Qué anteojos! Tienes estilo, palabra de honor.

- ¡Chist! No hables tan alto.

Y se lo llevó fuera de la luz de las tiendas. Los niños los siguieron tornados de la mano.

- ¿Sabes adónde voy? -dijo Montparnasse.

- A la guillotina -repuso Gavroche.

- A encontrarme con Babet -susurró Montparnasse.
- Lo creía en chirona.
- Se escapó esta mañana.

Y Montparnasse le contó al pilluelo que esa mañana Babet había sido trasladado a La Concièrgerie y se había escapado, doblando a la izquierda en vez de a la derecha en el "corredor de la instrucción". Gavroche admiró su habilidad. Mientras escuchaba, había cogido el bastón de Montparnasse y tiró maquinalmente de la parte superior, en donde apareció la hoja de un puñal.

- ¡Ah! -dijo envainando rápidamente el puñal-, has traído tu gendarme disfrazado de ciudadano. ¿Vas a aporrear polizontes?

- No sé, pero siempre es bueno llevar un alfiler.
- ¿Qué haces esta noche? -preguntó Gavroche sonriendo.
- Negocios. Y tú, ¿adónde vas ahora?
- Voy a acostar a estos piojosos.
- ¿Dónde?
- En mi casa.
- ¿Dónde está tu casa?
- En mi casa.
- ¿Tienes casa, entonces?
- Sí, tengo casa.
- ¿Y dónde vives?
- En el elefante.

Montparnasse no pudo contener una exclamación.

- ¡En el elefante!
- Sí, en el elefante. ¿Y qué?
- No, nada. ¿Se está bien allí?
- Fenomenal. No hay vientos encajonados como bajo los puentes.
- ¿Y cómo entras?
- Entrando.
- ¿Hay algún agujero?
- Claro, pero no se debe decir. Es por las patas delanteras.
- Y tú escalas, ya comprendo.
- Para los cachorros pondré una escalera.
- ¿De dónde demonios sacaste estos mochuelos?
- Me los regaló un peluquero.

Montparnasse estaba preocupado.

- Me reconociste con facilidad -murmuró.

Sacó del bolsillo dos cañones de pluma rodeados de algodón y se los introdujo en los agujeros de las narices.

- Eso lo cambia -dijo Gavroche-. Estás menos feo, deberías usarlos siempre.

Montparnasse era un buenazo, pero a Gavroche le gustaba burlarse de él.

- Y ahora, muy buenas noches -dijo Gavroche-, me voy a mi elefante con mis monigotes. Si por casualidad alguna noche me necesitas, ve a buscarme allá. Vivo en el entresuelo; no hay portero; pregunta por el señor Gavroche.

Y se separaron, dirigiéndose Montparnasse hacia la Grève y Gavroche hacia la Bastilla.

Hace veinte años se veía aún en la plaza de la Bastilla un extraño monumento, el esqueleto grandioso de una idea de Napoleón. Era un elefante de cuarenta pies de alto, construido de madera y mampostería. Muy pocos extranjeros visitaban aquel edificio; ningún transeúnte lo miraba. Estaba ya ruinoso, rodeado de una empalizada podrida, y manchada a cada instante por cocheros y borrachos. Al llegar al coloso, Gavroche comprendió el efecto que lo infinitamente grande podía producir en lo infinitamente pequeño, y dijo:

- ¡No tengáis miedo, hijos míos!

Después entró por un hueco de la empalizada en el recinto que ocupaba el elefante y ayudó a los niños a pasar por la brecha. Estos, un tanto asustados, seguían a Gavroche sin decir palabra, y se entregaban a aquella pequeña providencia harapienta que les había dado pan y les había prometido un techo. Había en el suelo una escalera de mano que servía en el día a los trabajadores de un taller vecino. Gavroche la apoyó contra las patas del elefante y dijo a los niños:

- Subid y entrad.

Ellos se miraron aterrados.

- ¡Tenéis miedo! Mirad.

Se abrazó al pie rugoso del elefante y en un abrir y cerrar de ojos, sin dignarse hacer use de la escala, llegó a una grieta; entró por ella como una culebra, desapareció, y un momento después apareció su cabeza por el borde del agujero.

- ¡Ea! -gritó-, subid ahora, cachorros. ¡Ya veréis lo bien que se está aquí!

El pilluelo les inspiraba miedo y confianza a la vez; además llovía muy fuerte. Se arriesgaron y subieron. Cuando estuvieron los tres adentro, Gavroche dijo, con orgullo:

- ¡Enanitos, estáis en mi casa!

¡Oh, utilidad increíble de lo inútil! Aquel monumento desmesurado que había contenido un pensamiento del emperador, se convirtió en la casa de un pilluelo. El niño había sido adoptado y abrigado por el coloso.

Napoleón tuvo un pensamiento digno del genio; en aquel elefante titánico quiso encarnar al pueblo. Dios hizo algo más grande: alojaba allí a un niño.

- Empecemos -dijo Gavroche- por decirle al portero que no estamos en casa.

Tomó una tabla y tapó el agujero. Luego encendió una de esas sogas impregnadas de resina que llaman cerillas largas.

Los dos huéspedes de Gavroche miraron en derredor y experimentaron algo semejante a lo que debió experimentar Jonás en el vientre bíblico de la ballena.

El menor dijo:

- ¡Qué oscuro está!

Esta exclamación llamó la atención a Gavroche.

- ¿Qué decís? ¿Nos quejamos? ¿Nos hacemos los descontentos? ¿Necesitáis acaso las Tullerías?

Para curar, el miedo es muy buena la aspereza porque da confianza. Los niños se aproximaron a Gavroche, quien, paternalmente enternecido con esta confianza, dijo al más pequeño con una sonrisa cariñosa:

- Mira, animalejo, lo oscuro está en la calle. En la calle llueve, aquí no llueve; en la calle hace frío, aquí no hay ni un soplo de viento; en la calle no hay ni luna, aquí hay una luz.

Los niños empezaron a mirar aquella habitación con menos espanto. Pero Gavroche no les dejó tiempo para contemplaciones.

- Listo -dijo.

Y los empujó hacia lo que podemos llamar el fondo del cuarto. Allí estaba su cama. La cama de Gavroche tenía de todo. Es decir, tenía un colchón y una manta. El colchón era una estera de paja; la manta un pedazo grande de lana tosca, abrigadora y casi nueva.

Los tres se echaron sobre la estera. Aunque eran pequeños, ninguno podía estar de pie en la alcoba.

- Ahora -dijo Gavroche-, vamos a suprimir el candelabro.

- Señor -dijo el mayor de los hermanos mostrando la manta-, ¿qué es esto? ¡Es muy calentita!

Gavroche dirigió una mirada de satisfacción a la manta.

- Es del jardín Botánico -dijo-. Se la pedí a los monos.

Y mostrando la estera en que estaban acostados, añadió:

- Esta era de la jirafa. Los animales tenían todo esto, y yo lo tomé. Les dije: es para el elefante. Y por eso no se enojaron.

Los niños contemplaban con respeto temeroso y asombrado a este ser intrépido e ingenioso, vagabundo como ellos, solo como ellos, miserable como ellos, que tenía algo admirable y poderoso, y cuyo rostro se componía de todos los gestos de un viejo saltimbanqui, mezclados con la más sencilla y encantadora de las sonrisas.

- No debéis preocuparos por nada -les dijo-. Yo os cuidaré. Ya veréis cómo nos divertiremos. En el verano nos bañaremos en el estanque; correremos desnudos sobre los trenes delante del puente de Austerlitz. Esto hace rabiar a las lavanderas, que gritan como locas. Iremos al teatro, iremos a ver guillotinar, os presentaré al verdugo, el señor Sansón. ¡Ah, lo pasaremos muy bien!

En ese momento cayó una gota de resina en el dedo de Gavroche, y le recordó las realidades de la vida.

- Se está gastando la mecha -dijo-. ¡Atención! No puedo gastar más de un sueldo al mes en luz. Cuando uno se acuesta es para dormir, no para leer novelas.

Sus palabras fueron seguidas de un gran relámpago deslumbrador que entró por las hendiduras del vientre del elefante. Casi al mismo tiempo resonó un feroz trueno. Los niños dieron un grito, pero Gavroche saludó al trueno con una carcajada.

- Calma, niños. No movamos el edificio. Fue un hermoso trueno. Y puesto que Dios enciende su luz, yo apago la mía.

Los niños se apretaron uno contra otro. Gavroche los arregló bien sobre la estera, les subió la manta hasta las orejas, y apagó la luz.

Apenas quedó a oscuras su dormitorio, se sintió una multitud de ruidos sordos, como si garras o dientes arañaran algo. El ruido iba acompañado de pequeños pero agudos gritos. El más

pequeño, helado de espanto, dio un codazo a su hermano, pero éste dormía profundamente.

- ¡Señor!

- ¿Eh? -dijo Gavroche, que acababa de cerrar los párpados.

- ¿Qué es eso?

- Las ratas.

Y volvió a acomodarse.

- ¡Señor! ¿Qué son las ratas?

- Son ratones.

Esta explicación tranquilizó un poco al niño. Había visto algunas veces ratones blancos y no les tenía miedo. Sin embargo, volvió a decir:

- ¡Señor!

- ¡Qué!

- ¿Por qué no tenéis gato?

- Tuve uno, pero me lo comieron.

Esta segunda explicación deshizo el efecto de la primera, y el niño volvió a temblar, de modo que por cuarta vez empezó el diálogo.

- ¡Señor!

- ¡Qué!

- ¿A quién se comieron?

- Al gato.

- ¿Quién se comió al gato?

- Las ratas.

- ¿Los ratones?

- Sí, las ratas.

El niño, consternado con la noticia de que estos ratones se comían a los gatos, prosiguió:

- ¡Señor! ¿Nos comerán a nosotros estos ratones?

- ¡Qué tontería!

El terror del niño ya no tenía límites.

Pero Gavroche añadió:

- No tengas miedo, no pueden entrar. Además, estoy yo aquí. Tómate de mi mano. Cállate y duerme.

El niño apretó esa mano y se tranquilizó. El valor y la fuerza tienen comunicaciones misteriosas.

Poco antes del amanecer, un hombre atravesó la plaza y se deslizó por la empalizada hasta colocarse bajo el vientre del

elefante. Repitió dos veces un extraño grito. Al segundo grito, una voz clara respondió desde el vientre del elefante:

- ¡Sí!

Al oír el grito, Gavroche quitó la tabla que cerraba el agujero, y bajó por la pata del elefante.

El hombre y el niño se reconocieron en silencio.

Montpamasse se limitó a decir:

- Te necesitamos. Ven a darnos una mano.

El pilluelo no preguntó nada.

- Aquí me tienes -dijo.

Y ambos se dirigieron hacia la calle Saint Antoine, de donde venía Montpamasse.

Esa noche se había llevado a cabo la fuga de Thenardier y sus compinches, y Montparnasse necesitó de la ayuda de Gavroche para los últimos detalles.

Capítulo 3

Peripecias de la evasión

Esto es lo que había pasado esa misma noche en la cárcel de la Force: Babet, Brujon, Gueulemer y Thenardier habían concertado su evasión. Babet lo hizo por la mañana, como le contara Montparnasse a Gavroche. Montparnasse debía apoyar la fuga de los otros desde fuera. Brujon, en su mes de calabozo, tuvo tiempo para trenzar una cuerda y madurar un plan. Como se ve, lo malo de los calabozos es que dejan soñar a seres que deberían estar trabajando.

Considerado altamente peligroso, Brujon, al salir del calabozo, pasó al Edificio Nuevo, donde lo primero que encontró fue a Gueulemer. Estaban en el mismo dormitorio.

Thenardier se hallaba recluido en la parte alta del Edificio Nuevo, justo encima de la habitación de sus amigos, desde donde, y no se sabe cómo, logró comunicarse con ellos.

Esa noche, Brujon y Gueulemer, sabiendo que afuera, en la calle, los esperaban Babet y Montparnasse, horadaron la pared, al amparo del fuerte aguacero que caía. Con la ayuda de la cuerda de Brujon, que ataron a un barrote de la chimenea, saltaron al patio de los baños, abrieron la puerta de la casa del portero y se hallaron en la calle. Instantes después se les unían Babet y Montparnasse que rondaban a la espera. Al tirar de la cuerda, ésta se rompió y quedó un pedazo colgando de la chimenea.

Thenardier vio pasar por el tejado las sombras de sus amigos y, como estaba prevenido, comprendió de qué se trataba. Hacia la una de la madrugada, con una barra de hierro aturdió al guardián, abrió un boquete en el techo y salió al tejado.

Eran ya las tres cuando logró llegar, de tejado en tejado, al caballete del techo de una pequeña barraca abandonada. Allí se quedó aguardando, helado, agotado, temeroso. Se

preguntaba si sus cómplices habrían tenido éxito en su empresa y si vendrían en su auxilio. Al dar los relojes las cuatro de la mañana, estalló en la cárcel ese rumor despavorido y confuso que sigue al descubrimiento de una evasión. Thenardier se estremeció. Se hallaba en la cima de una pared altísima, tendido bajo la lluvia, sin poder moverse, víctima del vértigo de una caída posible y del horror de una captura segura.

En medio de su angustia, divisó de pronto en la calle las siluetas de cuatro hombres que se deslizaban a lo largo de las paredes, con infinitas precauciones. Se detuvieron debajo del tejado donde colgaba Thenardier.

Por el característico argot que hablaba cada uno reconoció a Babet, a Brujon y a Gueulemer; y a Montparnasse, por su correcto francés. Decían que seguramente el viejo tabernero no había logrado escapar, o que tal vez lo hizo y lo volvieron a capturar; que tendría para veinte años; que era mejor alejarse de allí.

- No se deja a los amigos en el peligro -protestó Montparnasse.

Thenardier no se atrevía a gritar para llamarlos. En su desesperación, se acordó del trozo de la cuerda de Brujon que sacara del barrote en el Edificio Nuevo, y que aún guardaba en su bolsillo. La arrojó con fuerza a los pies de los hombres.

- ¡Mi cuerda! -exclamó Brujon.

Y levantando los ojos vieron a Thenardier. Ataron el trozo al que tenía Brujon, pero no podían lanzársela.

- Es preciso que uno de nosotros suba a ayudarlo -dijo Montparnasse.

- ¡Tres pisos! -replicó Brujon-. ¡Jamás! Sólo un niño podría hacerlo.

- ¿Y de dónde sacamos un niño ahora? -añadió Gueulemer.

- Esperad -dijo Montparnasse-. Yo lo tengo.

Echó a correr hacia la Bastilla y a los pocos minutos volvía con Gavroche.

- A ver, mocoso, ¿eres hombre? -dijo Gueulemer, despectivo.

- Un mocoso como yo es un hombre, y hombre como vosotros sois mocosos -replicó Gavroche-. ¿Qué hay que hacer?

- Trepar por ese tubo, llevar esta cuerda y ayudar a bajar al que está allá arriba.

Trepó Gavroche y reconoció el rostro despavorido de Thenardier.

- ¡Caramba! -se dijo-. ¡Es mi padre! Bueno, qué importa.

En pocos instantes Thenardier se hallaba en la calle.

- ¿Y ahora, a quién nos vamos a comer? -fueron sus primeras palabras.

Inútil es explicar el sentido de esta palabra, de horrorosa transparencia, que significa a la vez asesinar y desvalijar.

- Había un buen negocio -dijo Brujon-, en la calle Plumet; calle desierta, casa aislada, verja antigua y podrida que da a un jardín, mujeres solas.

- ¿Y por qué no?

- Tu hija Eponina fue a ver y trajo bizcocho.

- La niña no es tonta -dijo Thenardier-, pero de todos modos será conveniente ver lo que hay allí.

- Sí, sí -repuso Brujon-, habría que ir a ver.

Gavroche estaba sentado en el suelo, esperando tal vez que su padre lo mirara, pero al cabo de un rato se levantó y dijo:

- ¿No necesitan nada más de mí? Me voy.

Y se marchó. Babet llevó a Thenardier aparte.

- ¿Viste a ese harapiento? -le preguntó.

- ¿Cuál?

- El que subió y te llevó la cuerda.

- No me fijé mucho.

- No estoy seguro, pero creo que es tu hijo.

- ¡Vaya! -dijo Thenardier-. ¿Tú crees?

Principio de sombra

Jean Valjean no sospechaba nada del romance del jardín.

Cosette, un poco menos soñadora que Marius, estaba alegre, y eso bastaba a Jean Valjean para ser feliz.

Como se retiraba siempre a la diez de la noche, Marius no iba al jardín hasta después de esa hora, cuando oía desde la calle que Cosette abría la puerta-ventana de la escalinata.

Durante el día Marius no aparecía jamás por allí y Jean Valjean no se acordaba ya que existía tal personaje. Sólo una vez, una mañana, le dijo a Cosette:

- ¡Tienes la espalda blanca de yeso!

La noche anterior, Marius, en un arrebató de pasión, había abrazado a Cosette junto a la pared.

En aquel alegre mes de mayo, Marius y Cosette descubrieron dichas inmensas, como reñir y llamarse de vos, sólo para llamarse después de tú con más placer; hablar horas; callarse horas. Para Marius, oír a Cosette hablar de trapos. Para Cosette, oír a Marius hablar de política. Pero por lo general hablaban tonterías; niñerías, incoherencias, y se reían por nada.

- ¿Sabías tú que me llamo Eufrasia? -decía Cosette.

- ¿Eufrasia? ¡No, tú lo llamas Cosette!

- Mi verdadero nombre es Eufrasia. Cuando era niña me pusieron Cosette. ¿Te gusta más Eufrasia?

- Pues... sí.

- Sí, y también es bonito Cosette. Llámame Cosette.

Una noche que Marius iba a la cita por la avenida de los Inválidos, con la cabeza inclinada como era su costumbre, al doblar la esquina de la calle Plumet oyó decir a su lado:

- Buenas noches, señor Marius.

Levantó la cabeza y reconoció a Eponina. Nunca había vuelto a pensar en ella desde el día en que lo llevara a casa de

Cosette. Tenía motivos para estarle agradecido y le debía su felicidad presente; sin embargo, le molestó encontrarla allí.

Es un error creer que la pasión, cuando es feliz, conduce al hombre a un estado de perfección; lo conduce, simplemente, al estado de olvido. En esta situación, el hombre se olvida de ser malo, pero se olvida también de ser bueno. El agradecimiento, el deber, los recuerdos, desaparecen. En otro tiempo Marius hubiera actuado de manera muy distinta con Eponina, pero, absorbido por Cosette, ni recordaba que la muchacha se llamaba Eponina Thenardier, que llevaba un nombre escrito en el testamento de su padre. Hasta el nombre de su padre desaparecía bajo el esplendor de su amor.

- ¡Ah!, ¿sois Eponina?

- ¿Por qué me habláis de vos? ¿Os he hecho algo?

- No -respondió él.

Es cierto que no tenía nada contra ella, todo lo contrario. Pero ahora que tuteaba a Cosette, debía tratar de vos a Eponina.

- ¡Señor Marius... ! -exclamó ella.

Y se detuvo. Parecía que le faltaban las palabras a esa criatura que había sido tan desvergonzada y tan audaz. Trató de sonreír y no pudo.

- ¿Y entonces... ? -volvió a decir.

Después se calló y bajó los ojos.

- Buenas noches, señor Marius -dijo con brusquedad, y se fue.

Capítulo 5

El perro

Al día siguiente, 3 de junio de 1832, Marius, al caer la noche, se dirigía a su cita cuando vio entre los árboles a Eponina que venía hacia él. Dos días seguidos de encuentro era demasiado. Se volvió rápidamente, cambió de camino y se fue por la calle Monsieur.

Eponina lo siguió hasta la calle Plumet, lo que no había hecho nunca hasta entonces, pues se contentaba con verlo pasar. Lo siguió, pues, sin que él se diera cuenta, lo vio separar el barrote de la verja y entrar en el jardín.

- ¡Entra en la casa! -exclamó.

Se acercó a la verja, empujó los hierros uno tras otro y encontró fácilmente el que Marius había separado.

- ¡Esto sí que no! -murmuró con voz lúgubre.

Se sentó al lado del barrote como si lo estuviera cuidando. Así permaneció más de una hora, sin moverse y casi sin respirar, entregada a sus ideas.

Hacia las diez de la noche, vio entrar en la calle a seis hombres que iban separados y a corta distancia unos de otros. El primero que llegó a la verja del jardín se detuvo y esperó a los demás; un segundo después estaban todos reunidos. Hablaron en voz baja.

- Aquí es -dijo uno.

- ¿Hay algún perro en el jardín? -dijo otro, y comenzó a probar los barrotes.

Cuando iba a coger el barrote que Marius quitara para entrar, una mano que salió bruscamente de la sombra le agarró el brazo; al mismo tiempo sintió un golpe en medio del pecho y oyó una voz que le decía sin gritar:

- Hay un perro.

Y vio a una joven pálida delante de él. El hombre tuvo esa conmoción que produce siempre lo inesperado; se le pararon los pelos y retrocedió asustado.

- ¿Quién es esta bribona?

- Vuestra hija.

En efecto, era Eponina que hablaba a Thenardier.

Los otros cinco se habían acercado sin ruido, sin precipitación, sin decir una palabra, con la siniestra lentitud propia de estos hombres nocturnos.

- ¿Qué haces aquí? ¿Qué quieres? ¿Estás loca? -exclamó Thenardier-. ¿Vienes a impedirnos trabajar?

Eponina se echó a reír, y lo abrazó.

- Estoy aquí, padrecito mío, porque sí. ¿No está permitido sentarse en el suelo ahora? Vos sois el que no debe estar aquí, es bizcocho, ya se lo dije a la Magnon. No hay nada que hacer aquí. Pero abrazadme, mi querido padre. ¡Cuánto tiempo sin veros! ¡Estáis ya fuera! ¡Estáis libre!

Thenardier trató de librarse de los brazos de Eponina y murmuró:

- Está bien. Ya me abrazaste. Sí, estoy fuera, no estoy dentro. Ahora vete.

Pero Eponina redoblaba sus caricias.

- Padre mío, ¿cómo lo hicisteis? Debéis tener mucho talento cuando habéis salido de allí. ¡Contádmelo! ¿Y mi madre? ¿Dónde está mi madre? Dadme noticias de mamá.

Thenardier respondió:

- Está bien; no sé; déjame. Te digo que te vayas.

- No quiero irme ahora -dijo Eponina con su modo de niño enfadado-; me despedís, cuando hace cuatro meses que no os veía, y apenas he tenido tiempo de abrazaros.

Y volvió a echar los brazos al cuello de su padre.

- ¡Pero qué estupidez! -dijo Babet.

- No perdamos más tiempo -dijo Gueulemer-, pueden pasar los polizontes.

Eponina se volvió hacia los cinco bandidos.

- Pero si es el señor Brujon. Buenas noches, señor Babet, buenas noches, señor Claquesous. ¿No os acordáis de mí, señor Gueulemer? ¿Cómo estáis, Montparnasse?

- Sí, todos se acuerdan de ti -dijo Thenardier-. Pero buenas noches, y largo. Déjanos tranquilos.

- Esta es la hora de los lobos y no de las gallinas -dijo Montparnasse.

- Ya ves que tenemos que trabajar aquí -agregó Babet.

Eponina tomó la mano de Montparnasse.

- ¡Ten cuidado! -dijo éste- te vas a cortar, tengo un cuchillo abierto.

- Mi querido Montparnasse -respondió Eponina dulcemente-, hay que tener confianza en las personas, aunque sea la hija de mi padre. Señor Babet, señor Gueulemer, a mí me encargaron investigar este negocio. Recordad que os he prestado servicios algunas veces. Pues bien, me he informado y sé que os expondréis inútilmente. Os juro que no hay nada que hacer en esta casa.

- Sólo hay mujeres -dijo Gueulemer.

- No hay nadie, los inquilinos se mudaron.

- Las luces no se mudaron -dijo Babet.

Y mostró a Eponina una luz que se paseaba por la buhardilla. Era Santos que ponía ropa a secar. Eponina intentó un último recurso:

- Pues bien -dijo- esta gente es muy pobre y en esta pocilga no hay un solo sueldo.

- ¡Vete al diablo! -exclamó Thenardier-. Cuando hayamos registrado la casa ya te diremos lo que hay dentro.

Y la empujó para entrar.

- ¡Buen amigo Montparnasse! -dijo Eponina-, os lo ruego, vos que sois buen muchacho, no entréis.

- Ten cuidado, que te vas a cortar -masculló Montparnasse.

Thenardier añadió con su acento autoritario:

- Lárgate, preciosa, y deja que los hombres hagan sus negocios.

Eponina se aferró a la verja, hizo frente a los seis bandidos armados hasta los dientes, y que parecían demonios en la noche, y dijo con voz firme y baja:

- ¿Queréis entrar? Pues yo no quiero.

Los seis demonios se detuvieron estupefactos. Ella continuó:

- Amigos, escuchadme bien. Si entráis en el jardín, si tocáis esta verja, grito, golpeo las puertas, despierto a los vecinos y hago que os prendan, y llamo a la policía.

- Y lo haría -dijo Thenardier en voz baja a Brujon.

- ¡Empezando por mi padre! -dijo Eponina.

Thenardier se le aproximó.

- ¡No tan cerca, buen hombre!

Thenardier retrocedió, murmurando entre dientes:

- ¡Perra!

Eponina se echó a reír de una manera horrible.

- Seré lo que queráis, pero no entraréis. Sois seis, ¿y eso qué me importa? Sois hombres, pues yo soy mujer. No me dais miedo. Marchaos. Os digo que no entraréis en esta casa porque a mí no se me da la gana. Si os acercáis, ladro; ya os he dicho que soy el perro. Me río de vosotros; idos donde queráis, pero no vengáis aquí, os lo prohíbo. Vosotros a puñaladas y yo a zapatazos, me da lo mismo.

Y dio un paso hacia los bandidos; su risa era cada vez más horrible.

- No le tengo miedo a nada, ni aun a vos, padre. ¡Qué me importa que me recojan mañana en la calle Plumet, asesinada por mi padre, o que me encuentren dentro de un año en las redes de Saint-Cloud, o en la isla de los Cisnes, en medio de perros ahogados!

Tuvo que detenerse; la acometió una tos seca.

- No tengo nada que hacer más que gritar y os caen encima, ¡cataplum! Sois seis, yo soy todo el mundo.

Thenardier hizo otra vez un movimiento para aproximarse.

- ¡Atrás! -dijo ella.

Thenardier se detuvo.

- No me acercaré, pero no hables tan alto. Hija, ¿quieres impedirnos trabajar? Tenemos que ganarnos la vida. ¿No tienes cariño a tu padre?

- Me aburrís -dijo Eponina.

- Pero es preciso que vivamos, que comamos...

- ¡Reventad!

Los seis bandidos, admirados y disgustados de verse a merced de una muchacha, se retiraron a la sombra y celebraron consejo.

- Es una lástima -dijo Babet-. Dos mujeres, un viejo judío, buenas cortinas en las ventanas. Creo que era un buen negocio.

- Entrad vosotros -dijo Montparnasse-. Haced el negocio y yo me quedaré con la muchacha, y si chista...

E hizo relucir a la luz del farol la navaja que tenía abierta en la manga. Thenardier no decía una palabra, pero parecía dispuesto a todo.

- ¿Y tú qué dices, Brujon? -preguntó al fin.

Brujon permaneció un instante silencioso y luego murmuró:

- Esta mañana vi dos gorriones dándose picotazos; esta noche me enfrenta una mujer rabiosa. Todo esto es mal presagio.

□Vámonos!

Y se fueron.

Al marcharse, Montparnasse murmuró:

- Si hubieran querido, yo le habría dado el golpe de gracia.

Babet respondió:

- Yo no aporreo a una dama.

Al final de la calle se detuvieron y entablaron, en voz sorda, este diálogo enigmático:

- ¿Dónde vamos a dormir esta noche?

- Bajo París.

- ¿Tienes la llave de la reja, Thenardier?

- □Qué pregunta!

Eponina, que no separaba de ellos la vista, les vio tomar el camino por donde habían venido. Después se levantó y se arrastró detrás de ellos arrimada a las paredes de las casas. Los siguió hasta el boulevard. Allí se separaron, y se perdieron en la oscuridad como si se fundieran en ella.

Capítulo 6

Marius desciende a la realidad

Mientras que aquella perra con figura humana montaba guardia en la verja y los seis bandidos retrocedían ante ella, Marius estaba con Cosette.

Desde el día en que se declararon su amor, Marius iba todas las noches al jardín de la calle Plumet. El amor entre ambos crecía día a día; se miraban, se tomaban las manos, se abrazaban. Marius sentía una barrera, la pureza de Cosette; Cosette sentía un apoyo, la lealtad de Marius. No se preguntaban adónde los conducía su amor. Es una extraña pretensión del hombre querer que el amor conduzca a alguna parte.

El cielo no había estado nunca tan estrellado y tan hermoso como esa noche del 3 de junio de 1832, nunca Marius había estado tan conmovido, tan feliz, tan extasiado. Pero había encontrado triste a Cosette. Cosette había llorado; tenía los ojos rojos.

Era la primera nube en tan admirable sueño.

Las primeras palabras de Marius fueron:

- ¿Qué tienes?

Ella respondió:

- Esta mañana mi padre ha dicho que tenga prontas todas mis cosas, y esté dispuesta para partir; que prepare mi ropa para guardarla en una maleta, que se verá obligado a hacer un viaje; que teníamos que partir, que necesitábamos una maleta grande para mí y una pequeña para él y que lo preparase todo en una semana, porque iríamos tal vez a Inglaterra.

- ¡Pero eso es monstruoso! -exclamó Marius.

Y luego preguntó, con voz débil:

- ¿Cuándo debes partir?

- No me ha dicho cuándo.

- ¿Y cuándo volverás?

- No me ha dicho cuándo.

Marius se levantó y dijo fríamente:

- Cosette, ¿iréis?

Cosette volvió hacia él sus hermosos ojos llenos de angustia al oírlo tratarla de vos, y respondió con voz quebrada.

- ¿Qué quieres que haga? -dijo juntando las manos.

- Está bien -dijo Marius-. Entonces yo me iré a otra parte.

Cosette sintió, más bien que comprendió, el significado de esta frase; se puso pálida, su rostro se veía blanco en la oscuridad, y balbuceó:

- ¿Qué quieres decir?

Marius la miró; después alzó lentamente los ojos al cielo, y respondió:

- Nada.

Cuando bajó los párpados, vio que Cosette se sonreía mirándole. La sonrisa de la mujer amada tiene una claridad que disipa las tinieblas.

- ¿Qué tontos somos! Marius, se me ocurre una idea. ¿Parte tú también! Te diré dónde. Ven a buscarme donde esté.

Marius era ya un hombre completamente despierto. Había vuelto a la realidad, y dijo a Cosette:

- ¿Partir con vosotros! ¿Estás loca? Es preciso para eso dinero, y yo no lo tengo. ¿Ir a Inglaterra! Ahora debo más de diez lises a Courfeyrac, un amigo a quien tú no conoces. Tengo un sombrero viejo que no vale tres francos, una levita sin botones por delante, mi camisa está toda rota, se me ven los codos, mis botas se calan de agua; hace seis semanas que no pienso en todo esto, y por eso no lo he dicho, Cosette. ¿Soy un miserable! Tú no me ves más que por la noche, y me das tu amor; ¿si me vieras de día me darías limosna! ¿Ir a Inglaterra? ¿Y no tengo siquiera con qué pagar el pasaporte!

Y se recostó contra un árbol que había allí, de pie, con los dos brazos por encima de la cabeza, con la frente en la corteza sin sentir ni la aspereza que le arañaba la frente, ni la fiebre que le golpeaba las sienes, inmóvil y próximo a caer al suelo, como un monumento a la desesperación. Así permaneció largo rato.

Cosette sollozaba. Marius cayó de rodillas a sus pies.

- No llores, por favor -le dijo.

- ¿Qué he de hacer, si voy a marcharme y tú no puedes venir!

- ¿Me amas?

Cosette le contestó sollozando esta frase del paraíso que nunca es tan seductora como a través de las lágrimas:

- Te adoro.

- Cosette, nunca he dado mi palabra de honor a nadie, porque mi palabra de honor me causa miedo; sé que al darla mi padre está a mi lado. Pues bien, te doy mi palabra de honor más sagrada, de que si te vas, yo moriré.

Había en el acento con que pronunció estas palabras una melancolía tan solemne y tan tranquila, que Cosette tembló.

- Ahora, escucha -continuó Marius-, no me esperes mañana.

- ¡Un día sin verte!

- Sacrifiquemos un día para tener tal vez toda la vida. Mira, creo que conviene que sepas la dirección de mi casa, por lo que pueda suceder; vivo con mi amigo Courfeyrac, en la calle de la Verrerie, número 16.

Metió la mano en el bolsillo sacó un cortaplumas, y con la hoja escribió en el yeso de la pared: "Calle de la Verrerie, 16".

Cosette entretanto lo miraba a los ojos.

- Dime lo que piensas, Marius; sé que tienes una idea. Dímelas. ¡Oh, dímelas para que pueda dormir esta noche!

- Mi idea es ésta: es imposible que Dios quiera separarnos. Espérame pasado mañana.

Mientras que Marius meditaba con la cabeza apoyada en el árbol, se le ocurrió una idea; una idea que él mismo tenía por insensata e imposible. Pero tomó una decisión violenta.

El corazón viejo frente al corazón joven

El señor Gillenormand tenía entonces noventa y un años cumplidos. Seguía viviendo con la señorita Gillenormand en la calle de las Hijas del Calvario, número 6, en su propia y vieja casa. Hacía cuatro años que esperaba a Marius con la convicción de que aquel pequeño picarón extraviado llamaría algún día a la puerta; pero en sus momentos de tristeza llegaba a decirse que si Marius tardaba en venir... Y no era la muerte lo que temía, sino la idea de que no vería más a su nieto. No volver a ver a Marius era un triste y nuevo temor que no se le había presentado nunca hasta ahora; esta idea que empezaba a aparecer en su cerebro, le dejaba helado.

El señor Gillenormand era, o se creía por lo menos, incapaz de dar un paso hacia su nieto. "Antes moriré", decía; pero sólo pensaba en Marius con profundo enternecimiento, y con la muda desesperación de un viejo que se va entre las tinieblas. Su ternura dolorida concluía por convertirse en indignación. Se encontraba en esa situación en que se trata de tomar un partido, y aceptar lo que mortifica. Estaba ya dispuesto a decirse que no había razón para que Marius volviese, que si hubiera debido volver lo habría hecho ya, y que por consiguiente era preciso renunciar a verle. Trataba de familiarizarse con la idea de que todo había concluido, y que moriría sin ver a "aquel caballerete".

Pero toda su naturaleza se rebelaba; y su vieja paternidad no podía consentirlo.

- ¡No vendrá! -repetía.

Un día que estaba en lo más profundo de esta tristeza, su antiguo criado Vasco entró y preguntó:

- Señor, ¿podéis recibir al señor Marius?

El viejo se incorporó pálido y semejante a un cadáver que se levanta a consecuencia de una sacudida galvánica. Toda su sangre había refluído a su corazón y murmuró:

- ¿Qué señor Marius?

- No sé -respondió Vasco, intimidado y desconcertado por el aspecto de su amo-. Nicolasa es la que acaba de decirme: ahí está un joven, que dice que es el señor Marius.

El señor Gillenormand balbuceó en voz baja:

- Que entre.

Y permaneció en la misma actitud, con la cabeza temblorosa y la vista fija en la puerta. Se abrió ésta, y entró un joven: era Marius.

Marius se detuvo a la puerta como esperando que le dijeran que entrase. Su traje, casi miserable, apenas se veía en la semipenumbra que producía la lámpara. Sólo se distinguía su rostro tranquilo y grave, pero extrañamente triste. El señor Gillenormand, sobrecogido de estupor y de alegría, permaneció algunos momentos sin ver más que una claridad, como cuando se está delante de una aparición. Estaba próximo a desfallecer; era él; era Marius.

[Al fin, después de cuatro años! Quiso abrir los brazos; se oprimió su corazón de alegría; mil palabras de cariño le ahogaban y se desbordaban dentro de su pecho. Toda esta ternura se abrió paso y llegó a sus labios, y por el contraste que constituía su naturaleza, salió de ellas la dureza, y dijo bruscamente:

- ¿Qué venís a hacer aquí?

- Señor... -empezó a decir Marius, turbado.

El señor Gillenormand hubiera querido que Marius se arrojará en sus brazos, y quedó descontento de Marius y de sí mismo. Reconoció que él había sido brusco y Marius frío; y era para él una insoportable e irritante ansiedad sentirse tan tierno y tan conmovido en su interior, y ser tan duro exteriormente. Volvió a su amargura, e interrumpió a Marius con aspereza:

- Pero entonces, ¿a qué venís?

Este entonces significaba: si no venís a abrazarme, ¿a qué venís?

Marius miró a su abuelo, que con su palidez parecía un busto de mármol.

El viejo dijo con voz severa:

- ¿Venís a pedirme perdón? ¿Habéis reconocido vuestra falta?

Creía con esto poner a Marius en camino para que el "niño" se disculpara. Marius tembló; le exigía que se opusiese a su padre; bajó los ojos, y respondió:

- No, señor.

- Y entonces -exclamó impetuosamente el viejo con un dolor agudo y lleno de cólera- ¿qué queréis?

Marius juntó las manos, dio un paso y dijo con voz débil y temblorosa:

- Señor, tened compasión de mí.

Estas palabras conmovieron al señor Gillenormand; un momento antes lo hubieran enternecido, pero ya era tarde. El abuelo se levantó y apoyó las dos manos en el bastón; tenía los labios pálidos, la cabeza vacilante; pero su alta estatura dominaba a Marius, que estaba inclinado.

- ¡Compasión de vos, señorito! ¡Un adolescente que pide compasión a un anciano de noventa y un años! Vos entráis en la vida, y yo salgo de ella; vos sois rico, tenéis la única riqueza que existe, la juventud; y yo tengo todas las pobreza de la vejez, la debilidad, el aislamiento. Estáis enamorado, eso no hay ni qué decirlo, ¡a mí no me ama nadie en el mundo! ¡Y venís a pedirme compasión! Pero vamos, ¿qué es lo que queréis?

- Señor -dijo Marius-, sé que mi presencia os molesta; pero vengo solamente a pedir una cosa; después me iré en seguida.

- ¡Sois un necio! -dijo el anciano-. ¿Quién os dice que os vayáis?

Estas palabras eran la traducción de este tierno pensamiento que tenía en el corazón: "¡Pídeme perdón de una vez! ¡Échate a mis brazos!" El señor Gillenormand sabía que Marius iba a abandonarlo dentro de algunos instantes, que su mal recibimiento lo enfriaba, que su dureza lo cerraba; pensaba todo esto, y aumentaba su dolor; pero éste se transformaba en cólera. Hubiera querido que Marius comprendiera, y Marius no comprendía.

- ¡Cómo! ¿Me habéis ofendido, a mí, a vuestro abuelo; habéis abandonado mi casa para ir a no sé dónde; habéis querido llevar la vida de joven independiente; no habéis dado señal de vida; habéis contraído deudas sin decirme que las pague, y al

cabo de cuatro años venís a mi casa, y no tenéis que decirme nada más que eso?

Este modo violento de empujar al joven hacia la ternura sólo produjo el silencio de Marius.

- Concluyamos. ¿Venís a pedirme algo? Decidlo. ¿Qué queréis? Hablad.

- Señor -dijo Marius-, vengo a pedir os permiso para casarme.

- El señorito se quiere casar -exclamó el anciano, cuya voz breve y ronca anunciaba la plenitud de su ira.

Se afirmó en la chimenea.

- ¡Casaros! ¡A los veintiún años! ¡No tenéis que hacer más que pedirme permiso! Una formalidad. Sentaos, caballero. Habéis pasado por una revolución desde que no he tenido el honor de veros, y han vencido en vos los jacobinos. Debéis estar muy contento. ¿No sois republicano desde que sois barón? ¿Conque queréis casaros? ¿Con quién? ¿Puedo preguntar, sin ser indiscreto, con quién?

Y se detuvo; pero, antes de que Marius tuviera tiempo de responder, añadió con violencia:

- ¡Ah! ¿Tendréis una posición? ¿Una fortuna hecha? ¿Cuánto ganáis en vuestro oficio de abogado?

- Nada -dijo Marius con una especie de firmeza y de resolución casi feroz.

- ¿Nada? ¿No tenéis para vivir más que las mil doscientas libras que os envió?

Marius no respondió. El señor Gillenormand continuó:

- Entonces ya comprendo. ¿Es rica la joven?

- Como yo.

- ¡Qué! ¿No tiene dote?

- No.

- ¿Y esperanzas?

- Creo que no.

- ¡Enteramente desnuda! ¿Y qué es su padre?

- No lo sé.

- ¿Y cómo se llama?

- La señorita Fauchelevant.

- Pst -dijo el viejo.

- ¡Señor! -exclamó Marius.

El señor Gillenormand prosiguió como quien se habla a sí mismo:

- Así que veintiún años, sin posición, mil doscientas libras al año y la señora baronesa de Pontmercy irá a comprar dos cuartos de perejil a la plaza.

- ¡Señor! -dijo Marius con la angustia de la última esperanza que se desvanece-; os suplico en nombre del cielo, con las manos juntas, me pongo a vuestros pies. ¡Permitidme que me case!

El viejo lanzó una carcajada estridente y lúgubre, en medio de la cual tosía y hablaba:

- ¡Ah!, ¡ah!, ¡ah! Os habéis dicho: "Voy a buscar a ese viejo rancio, a ese absurdo bobalicón, y le diré: Viejo cretino, eres muy dichoso en verme; mira, tengo ganas de casarme con la señorita Fulana, hija del señor Fulano; yo no tengo zapatos, ella no tiene camisa; pero quiero echar a un lado mi carrera, mi porvenir, mi juventud, mi vida; deseo hacer una excursión por la miseria con una mujer al cuello; esto es lo que quiero y es preciso que consientas. Y el viejo fósil consentirá". Anda hijo, como tú quieras, átate, cástate con tu Pousselevent, con tu Coupelevent. ¡Nunca, caballero, nunca!

- Padre mío...

- Nunca.

Marius perdió toda esperanza al oír el acento con que fue pronunciado este nunca. Atravesó el cuarto lentamente con la cabeza inclinada, temblando, y más semejante al que se muere que al que se va.

El señor Gillenormand lo siguió con la vista, y en el momento en que se cerraba la puerta, y en que Marius iba a desaparecer, dio cuatro pasos con esa viveza senil de los viejos impetuosos y coléricos, cogió a Marius por el cuello, lo arrojó en un sillón y le dijo:

- ¡Cuéntamelo!

Sólo estas palabras, "padre mío", que se le escaparon a Marius, habían causado esta revolución. Marius lo miró asustado. El abuelo se había convertido en padre.

- Vamos a ver, habla ¡cuéntame tus amores! Dímelo en secreto; dímelo todo. ¡Caramba, qué tontos son los jóvenes!

- ¡Padre! -volvió a decir Marius.

Todo el rostro del anciano se iluminó con un indecible resplandor.

- Sí, eso es; ¡llámame padre y verás!

Había en estas frases algo tan bueno, tan dulce, tan franco, tan paternal, que Marius pasó repentinamente del desánimo a la esperanza.

- Y bien, padre... -dijo Marius.

- ¡Ah! -dijo el señor Gillenormand-, no tienes ni un ochavo. Estás vestido como un ladrón.

Y abriendo un cajón, sacó una bolsa que puso sobre la mesa.

- Toma, ahí tienes cien luises; cómprate un sombrero.

- Padre -continuó Marius-, mi buen padre, ¡si supieseis! La amo. No podéis figuraros. La primera vez que la vi fue en el Luxemburgo, adonde ella iba a pasear; al principio no le puse atención, pero después yo no sé cómo me he enamorado. ¡Oh! ¡Cuánto he sufrido! Pero, en fin, ahora la veo todos los días en su casa; su padre no lo sabe, nos vemos en el jardín. Y ahora, figuraos que van a partir; su padre quiere irse a Inglaterra, y yo me he dicho: voy a ver a mi abuelo y a contárselo. Me volveré loco, me moriré, caeré enfermo, me arrojaré al río. Es preciso que me case porque si no, no sé qué haré. Esta es la verdad; creo que no he olvidado nada. Vive en la calle Plumet, cerca de los Inválidos.

El señor Gillenormand se había sentado alegremente al lado de Marius. Al mismo tiempo que le escuchaba y saboreaba el sonido de su voz, saboreaba también un polvo de tabaco.

- ¡Conque la niña te recibe a escondidas de su padre! Es como debe ser. A mí me han pasado historias de ese género, y más de una. ¿Y sabes lo que se hace? No se toma la cosa con ferocidad; no se precipita uno en lo trágico, no se concluye por un casamiento; es preciso tener sentido común. Tropezad, mortales, pero no os caséis. Cuando llega un caso como éste, se busca al abuelo, que es un buen hombre en el fondo, y que tiene siempre algunos cartuchos de luises en un cajón y se le dice: abuelo, esto me pasa. Y el abuelo dice: es muy natural. Es preciso que la juventud se divierta, y que la vejez se arrugue. Yo he sido joven, y tú serás viejo. Anda, hijo mío que ya dirás esto mismo a tus nietos. Aquí tienes doscientas pistolas. ¡Diviértete, caramba! Así debe llevarse este negocio. No se casa uno, pero eso no impide... ¿Me comprendes?

Marius, petrificado y sin poder pronunciar una palabra hizo con la cabeza un movimiento negativo. El viejo se echó a reír,

guiñó el ojo, le dio un golpecito en la rodilla, lo miró con aire misterioso y le dijo:

- ¡Tonto! ¡Tómala como querida!

Marius se puso pálido. Al principio no comprendió lo que acababa de decir su abuelo, pero la frase, "tómala como querida", había entrado en su corazón como una espada.

Se levantó, cogió el sombrero que estaba en el suelo y se dirigió hacia la puerta con paso firme y seguro. Allí se volvió, se inclinó profundamente ante su abuelo, levantó después la cabeza y dijo:

- Hace cinco años insultasteis a mi padre; hoy habéis insultado a mi esposa. No os pido nada más, señor. Adiós.

El señor Gillenormand, estupefacto, abrió la boca, extendió los brazos y trató de levantarse; pero, antes de que hubiera podido pronunciar una palabra, se había cerrado la puerta, y Marius había desaparecido.

El anciano permaneció algunos momentos inmóvil, como si hubiera caído un rayo a sus pies, sin poder hablar ni respirar, como si una mano vigorosa le apretase la garganta.

Por fin, se levantó del sillón y gritó:

- ¡Está loco! ¡Se va! ¡Ay, Dios mío! ¡Ahora ya no volverá! ¡Marius! ¡Marius! ¡Marius!

Pero Marius ya no podía oírle.

Parte 5

¿Adónde van?

Capítulo 1

Jean Valjean

Aquel mismo día hacia las cuatro de la tarde, Jean Valjean estaba sentado solo en uno de los lugares más solitarios del Campo de Marte.

Vestía su traje de obrero; la ancha visera de su gorra le ocultaba el rostro. Estaba tranquilo y era feliz respecto de Cosette; porque se había disipado lo que le tuvo asustado algún tiempo. Sin embargo, hacía una semana o dos había visto a Thenardier; gracias a su disfraz, éste no le había conocido, pero desde entonces lo volvió a ver varias veces, y tenía la certeza de que rondaba su barrio. Esto bastaba para obligarlo a tomar una gran resolución.

Estando allí Thenardier, estaban todos los peligros a un tiempo. Además París no se hallaba tranquilo; las agitaciones políticas ofrecían el inconveniente, para todo el que tuviera que ocultar algo en su vida, de que la policía andaba inquieta y recelosa, y que buscando la pista de un hombre cualquiera podía muy bien encontrarse con un hombre como Jean Valjean. Se había, pues, decidido a abandonar París e ir a Inglaterra. Ya había prevenido a Cosette, porque quería partir antes de ocho días.

Además, había un hecho inexplicable que acababa de sorprenderle y que le tenía aún impresionado e inquieto. Esa mañana se había levantado temprano, y paseándose por el jardín antes que Cosette hubiese abierto su ventana, había descubierto estas palabras grabadas en la pared: "Calle de la Verrerie, 16".

La escritura era muy reciente, porque las letras estaban aún blancas en la antigua argamasa ennegrecida y porque una mata de ortigas que había al pie de la pared estaba cubierta de polvo de yeso.

Aquello había sido escrito probablemente por la noche.

Pero ¿qué era? ¿Unas señas? ¿Una señal para otros? ¿Un aviso para él? En todo caso era evidente que había sido violado el jardín, y que había penetrado en él algún desconocido.

En medio de estos pensamientos, cayó sobre sus rodillas un papel doblado en cuatro, como si una mano lo hubiera dejado caer por encima de su cabeza.

Cogió el papel, lo desdobló y leyó esta palabra escrita en gruesos caracteres con lápiz: "Mudaos".

Se levantó de inmediato, pero no había nadie a su alrededor. Miró por todas partes, y descubrió un ser más grande que un niño y más pequeño que un hombre, vestido con blusa gris y pantalón de pana de color polvo, que saltaba el parapeto y desaparecía.

Jean Valjean se volvió en seguida a su casa, muy pensativo.

Capítulo 2

Marius

Marius salió desolado de casa del señor Gillenormand. Había entrado en ella con poca esperanza y salía con inmensa desesperación. Se paseó por las calles, recurso de todos los que padecen. A las dos de la mañana entró en casa de Courfeyrac, y se echó vestido en su colchón. Había salido ya el sol cuando se durmió con ese horrible sueño pesado que deja ir y venir las ideas en el cerebro.

Cuando se despertó, vio a Courfeyrac, Enjolras, Feuilly y Combeferre de pie, con el sombrero puesto, preparados para salir y muy agitados.

Courfeyrac le dijo:

- ¿Vienes al entierro del general Lamarque?

Le pareció que Courfeyrac hablaba en chino. Salió de casa algunos momentos después que ellos, se echó al bolsillo las dos pistolas que le diera Javert. Sería difícil decir qué oscuro pensamiento tenía en su cabeza al llevarlas. Todo el día estuvo vagando sin saber por dónde iba; llovía a intervalos, pero no lo notaba; parece que se bañó en el Sena, sin tener conciencia de lo que hacía. Ya no esperaba nada, ni temía nada. Sólo esperaba la noche con impaciencia febril; no tenía más que una idea clara: que a las nueve vería a Cosette. A ratos le parecía oír en las calles de París ruidos extraños, y saliendo de su meditación decía: ¿Habrà una revuelta?

Al caer la noche, a las nueve en punto, como había prometido a Cosette, estaba en la calle Plumet. Sintió una profunda alegría. Abrió la verja y se precipitó en el jardín.

Cosette no estaba en el sitio en que lo esperaba siempre.

Alzó la vista y vio que los postigos de la ventana estaban cerrados. Dio la vuelta al jardín y vio que estaba desierto.

Entonces volvió a la casa, y, perdido de amor, loco, asustado, exasperado de dolor y de inquietud, llamó a la ventana.

- ¡Cosette! -gritó-. ¡Cosette!

Pero no le respondieron. Todo había concluido. No había nadie en el jardín, nadie en la casa. Cosette se había marchado; no le quedaba más que morir. De repente oyó una voz que parecía salir de la calle, y que gritaba por entre los árboles:

- ¡Señor Marius!

- ¿Quién es? -dijo.

- Señor Marius, ¿estáis ahí?

- Sí.

- Señor Marius -prosiguió la voz-, vuestros amigos os esperan en la barricada de la calle Chanvrerie.

Esta voz no le era enteramente desconocida. Se parecía a la voz ronca y ruda de Eponina. Marius corrió a la verja y vio una silueta, que le pareció la de un joven, desaparecer corriendo en la oscuridad.

Capítulo 3

El señor Mabeuf

La bolsa de Jean Valjean no le sirvió al señor Mabeuf porque éste, en su venerable austeridad infantil, no aceptó el regalo de los astros; no admitió que una estrella pudiese convertirse en luises de oro, y tampoco pudo adivinar que lo que caía del cielo viniera de Gavroche.

Llevó la bolsa al comisario de policía del barrio, como objeto perdido, y siguió empobreciéndose cada día más.

Renunció a su jardín, y lo dejó sin cultivar; no encendía nunca lumbre en su cuarto y se acostaba con el día para no encender luz. Su armario con libros era lo único que conservaba, además de lo indispensable.

Un día la señora Plutarco dijo que no tenía con qué comprar comida. Llamaba comida a un pan y cuatro o cinco patatas.

- Fiado -dijo el señor Mabeuf.

- Ya sabéis que me lo niegan.

El señor Mabeuf abrió su biblioteca, miró largo rato todos sus libros, uno tras otro, como un padre obligado a diezmar a sus hijos los miraría antes de escoger; finalmente cogió uno, se lo puso debajo del brazo y salió. A las dos horas volvió sin nada debajo del brazo, puso treinta sueldos sobre la mesa y dijo:

- Traeréis algo para comer.

Desde aquel momento la tía Plutarco vio cubrirse el cándido semblante del señor Mabeuf con un velo sombrío que no desapareció nunca más.

Todos los días fue preciso hacer lo mismo. El señor Mabeuf salía con un libro, y volvía con una moneda de plata. Así terminó con toda su biblioteca, tomo a tomo.

En algunos momentos se decía, "menos mal que tengo ochenta años", como si tuviese alguna esperanza de llegar antes al fin de sus días que al fin de sus libros. Pero su tristeza iba en

aumento. Pasaron algunas semanas y ya no le quedaba más que el más valioso de sus libros, su Diógenes Laercio. De pronto la tía Plutarco cayó enferma y una tarde el médico recetó una poción muy cara. Además, agravándose la enferma, necesitaba una persona que la cuidara. El señor Mabeuf abrió la biblioteca; sacó su Diógenes y salió. Era el 4 de junio de 1832. Volvió con cien francos que dejó en la mesa de noche de la señora Plutarco.

Al día siguiente se sentó en la piedra del jardín, con la cabeza inclinada, y la vista vagamente fija en sus plantas marchitas. Llovía a intervalos, pero el viejo no lo notaba.

A mediodía estalló en París un ruido extraordinario; se oían tiros de fusil y clamores populares. El señor Mabeuf levantó la cabeza. Vio pasar a un jardinero, y le preguntó:

- ¿Qué pasa?
- Un motín.
- ¿Cómo! ¿Un motín!
- Sí, están combatiendo.
- ¿Y por qué?
- ¿Qué sé yo! -dijo el jardinero.
- ¿Hacia qué lado? -preguntó el señor Mabeuf.
- Hacia el Arsenal.

El señor Mabeuf volvió a entrar en su casa, buscó maquinalmente un libro, no lo encontró, y murmuró:

- ¡Ah, es verdad! -y salió.

Parte 6
El 5 de junio de 1832

La superficie y el fondo del asunto

¿De qué se compone un motín? De todo y de nada. De una electricidad que se desarrolla poco a poco, de una llama que se forma súbitamente, de una fuerza vaga, de un soplo que pasa. Este soplo encuentra cabezas que hablan, cerebros que piensan, almas que padecen, pasiones que arden, miserias que se lamentan, y arrastra todo. ¿Adónde? Al ocaso. A través del Estado, a través de las leyes, a través de la prosperidad y de la insolencia de los demás.

La convicción irritada, el entusiasmo frustrado, la indignación conmovida, el instinto de guerra reprimido, el valor de la juventud exaltada, la ceguera generosa, la curiosidad, el placer de la novedad, la sed de lo inesperado, los odios vagos, los rencores, las contrariedades, la vanidad, el malestar, las ambiciones, la ilusión de que un derrumbamiento lleve a una salida; y en fin, en lo más bajo, la turba, ese lodo que se convierte en fuego: tales son los elementos del motín.

Sin duda, los motines tienen su belleza histórica; la guerra de las calles no es menos grandiosa ni menos patética que la guerra del campo.

El movimiento de 1832 tuvo, en su rápida explosión y en su lúgubre extinción, tal magnitud que aún aquellos que lo consideran sólo un motín, hablan de él con respeto. Una revolución no se corta en un día; tiene siempre necesariamente algunas ondulaciones antes de volver al estado de paz.

Esta crisis patética de la historia contemporánea, que la memoria de los parisienses llama la época de los motines, es seguramente una hora característica entre las más tempestuosas de este siglo.

Los hechos que vamos a referir pertenecen a esa realidad dramática y viva que el historiador desprecia muchas veces por

falta de tiempo y de espacio. Sin embargo, insistimos, en ella está la vida, la palpitación, el temblor humano.

La época llamada de los motines abunda en hechos pequeños. Nosotros vamos a sacar a la luz, entre particularidades conocidas y publicadas, cosas que no se han sabido, hechos sobre los cuales ha pasado el olvido de unos y la muerte de otros.

La mayor parte de los actores de estas escenas gigantescas han desaparecido, pero podemos decir que lo que relatamos, lo hemos visto. Cambiaremos algunos nombres, porque la historia refiere y no denuncia.

En este libro no mostraremos más que un lado y un episodio, seguramente el menos conocido, de las jornadas de los días 5 y 6 de junio de 1832; pero lo haremos de modo que el lector entrevea, bajo el sombrío velo que vamos a levantar, la figura real de esta terrible aventura del pueblo.

Capítulo 2

Reclutas

Al momento de estallar la insurrección, un niño andrajoso bajaba por Menilmontant con una vara florida en la mano. Vio de pronto en el suelo una vieja pistola inservible; arrojó lejos su vara, recogió la pistola, y se fue cantando a todo pulmón y blandiendo su nueva arma. Era Gavroche que se iba a la guerra.

Nunca supo que los dos niños perdidos a quienes acogiera una noche eran sus propios hermanos. [Encontrar en la noche dos hermanos y en la madrugada un padre! Después de ayudar a Thenardier, volvió al elefante, inventó algo de comer y lo compartió con los niños y después salió, dejándolos en manos de la madre calle. Al irse les dio este discurso de despedida: "*Yo me largo, hijitos míos. Si no encontráis a papá y mamá, volved aquí en la tarde. Yo os daré algo de comer y os acostaré*". Pero los niños no regresaron. Diez o doce semanas pasaron y Gavroche muchas veces se decía, rascándose la cabeza:

-¿Pero dónde diablos se metieron mis dos hijos?

Y ahora caminaba, muerto de hambre, pero alegre, en medio de una muchedumbre que huía despavorida. El iba cantando versos de la Marsellesa interpretados a su manera. En una calle encontró un guardia nacional caído con su caballo. Lo recogió, lo ayudó a poner de pie a su cabalgadura, y continuó su camino pistola en mano.

En el mercado, cuyo cuerpo de guardia había sido desarmado ya, se encontró con un grupo guiado por Enjolras, Courfeyrac, Combeferre, Feuilly, Bahorel y Prouvaire.

Enjolras llevaba una escopeta de caza de dos cañones; Combeferre, un fusil de guardia nacional y dos pistolas, que se le veían bajo su levita desabotonada; Prouvaire, un viejo mosquetón de caballería, y Bahorel una carabina; Courfeyrac blandía

un estoque; Feuilly con un sable desnudo marchaba delante gritando: ¡Viva Polonia!

Venían del muelle Morland, sin corbata y sin sombrero, agitados, mojados por la lluvia, y con el fuego en los ojos. Gavroche se acercó a ellos con toda calma.

- ¿Adónde vamos? -preguntó.

- Ven -dijo Courfeyrac.

Un cortejo tumultuoso les seguía; estudiantes, artistas, obreros, hombres bien vestidos, armados de palos y de bayonetas, algunos con pistolas. Un anciano que parecía de mucha edad iba también en el grupo. No tenía armas y corría para no quedarse atrás, aunque parecía pensar en otra cosa y su andar era vacilante.

Era el señor Mabeuf. Courfeyrac lo había reconocido por haber acompañado muchas veces a Marius a su casa.

Conociendo sus costumbres pacíficas y extrañado al verlo en medio de aquel tumulto, se le acercó.

- Señor Mabeuf, volvéos a casa.

- ¿Por qué?

- Porque va a haber jarana.

- Está bien.

- ¡Sablazos, tiros, señor Mabeuf.

- Está bien.

- ¡Cañonazos!

- Está bien. ¿Adónde vais vosotros?

- Vamos a echar abajo el gobierno.

- Está bien.

Y los siguió sin volver a pronunciar una palabra. Su paso se había ido fortaleciendo; algunos obreros le ofrecieron el brazo y lo había rechazado con un movimiento de cabeza. Iba casi en la primera fila de la columna ya. Empezó a correr el rumor de que era un antiguo regicida.

Mientras tanto el grupo crecía a cada instante. Gavroche iba delante de todos, cantando a gritos.

En la calle Billettes, un hombre de alta estatura, que empezaba a encanecer y a quien nadie conocía, se sumó al grupo. Gavroche, distraído con sus cánticos, sus silbidos y sus gritos, con ir el primero, y con llamar en las tiendas con la culata de su pistola sin gatillo, no se fijó en aquel hombre.

Al pasar por la calle Verrerie frente a la casa de Courfeyrac, su portera le gritó:

- Señor Courfeyrac, adentro hay alguien que quiere hablaros.

- ¡Que se vaya al diablo! -dijo Courfeyrac.

- ¡Pero es que os espera hace más de una hora! -exclamó la portera.

Y al mismo tiempo un jovencillo vestido de obrero, pálido, delgado, pequeño, con manchas rojizas en la piel, cubierto con una blusa agujereada y un pantalón de terciopelo remendado, que tenía más bien facha de una muchacha vestida de muchacho que de hombre, salió de la portería, y dijo a Courfeyrac con una voz que no era por cierto de mujer:

- ¿Está con vos el señor Marius?

- No.

- ¿Volverá esta noche?

- No lo sé. Y lo que es yo, no volveré.

El muchacho le miró fijamente, y le preguntó:

- ¿Adónde vais?

- Voy a las barricadas.

- ¿Queréis que vaya con vos?

- ¡Si tú quieres! -respondió Courfeyrac- La calle es libre.

Y junto a sus amigos se encaminaron hasta la calle de la Chanvrerie, en el barrio de Saint-Denis.

Capítulo 3

Corinto

A esa hora Laigle, Joly y Grantaire se encontraban en la, en aquella época, célebre taberna Corinto, situada en la calle de la Chanvrerie desde hacía trescientos años, y cuyos dueños se sucedían de padres a hijos.

Hacia 1830, el dueño murió y su viuda no supo mantener el prestigio de la taberna; la cocina bajó su calidad y el vino, que siempre fue malo, se hizo intomable. Sin embargo, Courfeyrac y sus camaradas continuaron yendo allí, por compasión, decía Laigle.

Ese día los tres amigos comieron y bebieron copiosamente y se burlaron de todo, como de costumbre. De pronto vieron aparecer a un niño de unos diez años, todo despeinado, empapado por la lluvia, y con una gran sonrisa en sus labios. Los miró atentamente y se dirigió sin vacilar a Laigle.

- Un rubio alto me dijo que viniera aquí y dijera al señor Laigle de su parte este mensaje: "ABC". Es una broma, ¿verdad?

- ¿Cómo te llamas? -le preguntó Laigle.

- Navet, soy amigo de Gavroche.

- Quédate con nosotros a almorzar.

- No puedo, voy en el cortejo, soy el que grita ¡abajo Polignac!

Hizo una reverencia y se fue.

- ABC, es decir, entierro de Lamarque -dijo Laigle-. ¿Iremos?

- Llueve -dijo Joly-, no quiero resfriarme.

- Yo prefiero un almuerzo a un entierro.

- Entonces nos quedamos -concluyó Laigle.

Y continuaron con su almuerzo alegremente. Pasaron las horas y ya no quedaba nadie más en la taberna. Laigle, bastante borracho, estaba sentado en la ventana cuando súbitamente sintió un tumulto en la calle y gritos de ¡a las armas! y vio

pasar a sus amigos encabezados por Enjolras y seguidos por un extraño grupo vociferante. Llamó a gritos a Courfeyrac. Courfeyrac lo vio y se le acercó.

- ¿A dónde van? -preguntó Laigle.
- A hacer una barricada.
- Háganla aquí, este lugar está perfecto.
- Es cierto, Laigle, tienes razón.

Y a una señal de Courfeyrac, el tropel se precipitó hacia Corinto.

A aquella famosa barricada de la Chanvrerie, sumergida hoy en una noche profunda, es a la que vamos a dar un poco de luz.

Corinto se componía de una sala baja donde estaba el mostrador, y otra sala en el segundo piso a la que se subía por una escalera de caracol que se abría al techo; en la sala baja había una trampa por donde se bajaba al sótano. La cocina dividía el entresuelo del mostrador.

Gavroche iba y venía, subía, bajaba, metía ruido, brillaba, era un torbellino. Se le veía sin cesar; se le oía continuamente; llenaba todo el espacio. La enorme barricada sentía su acción. Molestaba a los transeúntes, excitaba a los perezosos, reanimaba a los fatigados, impacientaba a los pensativos, alegraba a unos, esperanzaba o encolerizaba a otros, y ponía a todos en movimiento.

Capítulo 4

Los preparativos

Los periódicos de la época, que han dicho que la barricada de la calle de Chanvrerie era casi inexpugnable y que llegaba al nivel del piso principal, se equivocaron. No pasaba de una altura de seis o siete pies, como término medio.

Enjolras y sus amigos hicieron dos barricadas, una en la calle Chanvrerie y, contigua a ésta, otra más pequeña en la callejuela Mondetour, oculta detrás de la taberna y que apenas se veía. Los pocos transeúntes que se atrevían a pasar en aquel momento por la calle Saint-Denis, echaban una mirada a la calle Chanvrerie, veían la barricada y apresuraban el paso.

Cuando estuvieron construidas las dos barricadas y enarbola-da la bandera, se sacó una mesa fuera de la taberna; y en ella se subió Courfeyrac. Enjolras transportó un cofre cuadrado que estaba lleno de cartuchos; Courfeyrac los distribuyó. Al recibirlos temblaron los más valientes, y hubo un momento de silencio. Cada uno recibió treinta.

Muchos tenían pólvora y comenzaron a preparar más cartuchos con las balas que se fundían en la taberna. Sobre una mesa aparte, cerca de la puerta, colocaron un barril de pólvora, bien guardado. Entretanto, la convocatoria que recorría todo París a toque de tambores no cesaba, pero había terminado por no ser más que un ruido monótono del que nadie hacía caso.

Concluidas ya las barricadas, designados los puestos, cargados los fusiles, situados los centinelas, solos en aquellas calles temibles por donde no pasaba ya nadie, rodeados de aquellas casas mudas, en medio de esas sombras y de ese silencio que tenía algo trágico y aterrador, aislados, armados, resueltos, tranquilos, esperaron.

En aquellas horas de terrible espera, los amigos se buscaron y en un rincón de Corinto esos jóvenes, tan cercanos a una

hora suprema, ¿qué hicieron? Escucharon los versos de amor que recitaba en voz baja Prouvaire, el poeta.

Pues el insurgente poetiza la insurrección, y era por un ideal que estaban allí; no contra Luis Felipe sino contra la monarquía, contra el dominio del hombre sobre el hombre.

Querían París sin rey y el mundo sin déspotas.

Capítulo 5

El hombre reclutado en la calle Billettes

La noche había ya caído completamente; nadie se acercaba. El plazo se prolongaba, señal de que el gobierno se tomaba su tiempo y reunía sus fuerzas. Aquellos cincuenta hombres esperaban a sesenta mil.

Gavroche, que hacía cartuchos en la sala baja, estaba muy pensativo, aunque no precisamente por sus cartuchos.

El hombre de la calle Billettes acababa de entrar y había ido a sentarse en la mesa menos alumbrada, con aire meditabundo. Tenía un fusil de munición, que sostenía entre sus piernas.

Gavroche, hasta aquel momento distraído en cien cosas "entrettenidas", no lo había visto todavía. Cuando entró, le siguió maquinalmente con la vista, admirando su fusil, y cuando el hombre se sentó, se paró él de un salto. Se le aproximó, y se puso a dar vueltas en derredor suyo sobre la punta de los pies. Al mismo tiempo, en su rostro infantil, a la vez tan descarado y tan serio, tan vivo y tan profundo, tan alegre y tan dolorido, se fueron pintando sucesivamente todos esos gestos que significan: ¡Ah! ¡Bah! ¡No es posible! ¡Tengo telarañas en los ojos! ¿Será él? No, no es. Pero sí. Pero no.

Gavroche se balanceaba sobre sus talones, crispaba sus manos en los bolsillos, movía el cuello como un pájaro. Estaba estupefacto, confundido, incrédulo, convencido, trastornado. En lo más profundo de este examen se acercó a él Enjolras.

- Tú eres pequeño -le dijo-, y no serás visto. Sal de las barricadas, explora un poco las calles, y ven a decirme lo que hay.

Gavroche se enderezó al oír esto.

- ¡Los pequeños sirven, pues, para algo! ¡Qué felicidad! ¡Voy! Mientras tanto, confiad en los pequeños y desconfiad de los grandes...

Y levantando la cabeza y bajando la voz, añadió señalando al hombre de la calle Billettes:

- ¿Veis ese grandote?

- Sí.

- Es un espía.

- ¿Estás seguro?

- Aún no hace quince días que me bajó de las orejas de una cornisa del Puente Real, en donde estaba yo tomando el fresco.

Enjolras se alejó de inmediato y llamó a cuatro hombres, que fueron a colocarse detrás de la mesa en que estaba el sospechoso. Entonces Enjolras se le acercó y le preguntó:

- ¿Quién sois?

A esta brusca interrogación, el hombre se sobresaltó; dirigió una mirada a Enjolras, una mirada que penetró hasta el fondo de su cándida pupila, y pareció adivinar su pensamiento.

- ¿Sois espía? -preguntó Enjolras.

Sonrió desdeñoso, y respondió con altivez:

- Soy agente de la autoridad.

- ¿Como os llamáis?

- Javert.

Enjolras hizo una señal a los cuatro hombres, y en un abrir y cerrar de ojos, antes de que Javert tuviera tiempo de volverse, fue cogido por el cuello, derribado y registrado.

Le hallaron, aparte de su tarjeta de identificación, un papel de la Prefectura que decía: "El inspector Javert, así que haya cumplido su misión política, se asegurará, mediante una vigilancia especial, si es verdad que algunos malhechores andan vagando por las orillas del Sena, cerca del puente de Jena".

Terminado el registro levantaron a Javert; le sujetaron los brazos por detrás de la espalda y lo ataron.

- Es el ratón el que cogió al gato -le dijo Gavroche.

- Seréis fusilado dos minutos antes de que tomen la barricada -dijo Enjolras.

Javert replicó con tono altanero:

- ¿Y por qué no en seguida?

- Economizamos la pólvora.

- Entonces matadme de una puñalada.

- Espía -le dijo Enjolras-, nosotros somos jueces y no asesinos.

Después llamó a Gavroche.

- ¡Tú, vete a tu misión! ¡Haz lo que te he dicho!

- Voy -dijo Gavroche.

Y deteniéndose en el momento de partir, añadió:

- A propósito ¿me daréis su fusil? Os dejo el músico y me llevo el clarinete. El pilluelo hizo el saludo militar y saltó alegremente por una grieta de la barricada.

Capítulo 6

Marius entra en la sombra

Aquella voz que a través del crepúsculo había llamado a Marius a la barricada de la calle de la Chanvrerie, le había producido el mismo efecto que la voz del destino. Quería morir, y se le presentaba la ocasión; llamaba a la puerta de la tumba, y una mano en la sombra le tendía la llave. Marius salió del jardín, y dijo: ¡Vamos!

El joven que le hablara se había perdido en la oscuridad de las calles.

Marius caminaba decidido, con la voluntad del hombre sin esperanza; lo habían llamado, y tenía que ir. Encontró medio de atravesar por entre la multitud y las tropas, se ocultó de las patrullas y evitó los centinelas. Oyó un tiro que no supo de dónde venía; el fogonazo atravesó la oscuridad. Pero no se detuvo.

Así llegó a la callejuela Mondetour, que era la única comunicación conservada por Enjolras con el exterior. Un poco más allá de la esquina con la calle de la Chanvrerie, distinguió el resplandor de una lamparilla, una pequeña parte de la taberna, y unos cuantos hombres acurrucados con fusiles entre las rodillas. Era el interior de la barricada.

Todo esto a pocos metros de él. Marius no tenía más que dar un paso. Entonces el desdichado joven se sentó en un adoquín, cruzó los brazos, y se echó a llorar amargamente.

¿Qué hacer? Vivir sin Cosette era imposible; y puesto que se había marchado, era preciso morir. ¿Para qué, pues, vivir? No podía además abandonar a sus amigos que lo esperaban, que quizá lo necesitaban, que eran un puñado contra un ejército. Vio abrirse ante él la guerra civil.

Pensando así, decaído pero resuelto, temblando ante lo que iba a hacer, su mirada vagaba por el interior de la barricada.

Parte 7

La grandeza de la desesperación

Capítulo 1

La bandera, primer acto

Habían dado las diez y aún no llegaba nadie. De súbito en medio de aquella calma lúgubre, se oyó en la barricada una voz clara, juvenil, alegre, que parecía provenir de la calle de Saint-Denis, y que empezó a cantar, con el tono de una antigua canción popular, otra que terminaba por un grito semejante al canto del gallo.

- Es Gavroche -dijo Enjolras.

- Nos avisa -dijo Combeferre.

Una carrera precipitada turbó el silencio de la calle desierta; Gavroche saltó con agilidad y cayó en medio de la barricada, sofocado y gritando:

- ¡Mi fusil! ¡Ahí están!

Un estremecimiento eléctrico recorrió toda la barricada; y se oyó el movimiento de las manos buscando las armas.

- ¿Quieres mi carabina? -preguntó Enjolras al pilluelo.

- Quiero el fusil grande -respondió Gavroche.

Y cogió el fusil de Javert.

Cuarenta y tres insurgentes estaban arrodillados en la gran barricada, con las cabezas a flor del parapeto, los cañones de los fusiles y de las carabinas apuntando hacia la calle. Otros seis comandados por Feuilly se habían instalado en las dos ventanas.

Pasaron así algunos instantes; después se oyó claramente el ruido de numerosos pasos acompasados. Sin embargo, no se veía nada. De repente desde la sombra una voz gritó:

- ¿Quién vive?

Enjolras respondió con acento vibrante y altanero:

- ¡Revolución Francesa!

- ¡Fuego! -repuso una voz.

Estalló una terrible detonación. La bandera roja cayó al suelo. La descarga había sido tan violenta y tan densa, que había cortado el asta. Las balas que habían rebotado en las fachadas de las casas penetraron en la barricada e hirieron a muchos hombres.

El ataque fue violento; era evidente que debían luchar contra todo un regimiento.

- Compañeros -gritó Courfeyrac-, no gastemos pólvora en balde. Esperemos a que entren en la calle para contestarles.

- Antes que nada -dijo Enjolras-, icemos de nuevo la bandera. Precisamente había caído a sus pies, y la levantó.

Se oía afuera el ruido de la tropa cargando las armas.

Enjolras añadió:

- ¿Quién será el valiente que vuelva a clavar la bandera sobre la barricada?

Ninguno respondió. Subir a la barricada en el momento en que estaban apuntando de nuevo era morir y hasta el más decidido dudaba.

Capítulo 2

La bandera, segundo acto

Cuando después de la llegada de Gavroche cada cual ocupó su puesto de combate, no quedaron en la sala baja más que Javert, un insurgente que lo custodiaba y el señor Mabeuf, de quien nadie se acordaba. El anciano había permanecido inmóvil, como si mirara un abismo; no parecía que su pensamiento estuviera en la barricada.

En el momento del ataque, la detonación lo conmovió como una sacudida física, y como si despertara de un sueño se levantó bruscamente, atravesó la sala, y apareció en la puerta de la taberna en el momento en que Enjolras repetía por segunda vez su pregunta:

- ¿Nadie se atreve?

La presencia del anciano causó una especie de conmoción en todos los grupos.

Se dirigió hacia Enjolras; los insurgentes se apartaban a su paso con religioso temor; cogió la bandera, y sin que nadie pensara en detenerlo ni en ayudarlo, aquel anciano de ochenta años, con la cabeza temblorosa y el pie firme, empezó a subir lentamente la escalera de adoquines hecha en la barricada. A cada escalón que subía, sus cabellos blancos, su faz decrepita, su amplia frente calva y arrugada, sus ojos hundidos, su boca asombrada y abierta, con la bandera roja en su envejecido brazo, saliendo de la sombra y engrandeciéndose en la claridad sangrienta de la antorcha, parecía el espectro de 1793 saliendo de la tierra con la bandera del terror en la mano.

Cuando estuvo en lo alto del último escalón, cuando aquel fantasma tembloroso y terrible de pie sobre el montón de escombros en presencia de mil doscientos fusiles invisibles, se levantó enfrente de la muerte como si fuese más fuerte que ella,

toda la barricada tomó en las tinieblas un aspecto sobrenatural y colosal.

En medio del silencio, el anciano agitó la bandera roja y gritó:

- ¡Viva la Revolución! ¡Viva la República! ¡Fraternidad, igualdad o la muerte!

La misma voz vibrante que había dicho *¿quién vive?* gritó:

- ¡Retiraos!

El señor Mabeuf, pálido, con los ojos extraviados, las pupilas iluminadas con lúgubres fulgores, levantó la bandera por encima de su frente, y repitió:

- ¡Viva la República!

- ¡Fuego! -dijo la voz.

Una segunda descarga semejante a una metralla cayó sobre la barricada.

El anciano se dobló sobre sus rodillas, después se levantó, dejó escapar la bandera de sus manos, y cayó hacia atrás sobre el suelo, inerte, y con los brazos en cruz.

Arroyos de sangre corrieron por debajo de su cuerpo. Su arrugado rostro, pálido y triste, pareció mirar al cielo.

Enjolras elevó la voz, y dijo:

- Ciudadanos: éste es el ejemplo que los viejos dan a los jóvenes. Estábamos dudando, y él se ha presentado; retrocedíamos, y él ha avanzado. ¡Ved aquí lo que los que tiemblan de vejez enseñan a los que tiemblan de miedo! Este anciano es augusto a los ojos de la patria; ha tenido una larga vida, y una magnífica muerte. ¡Retiremos ahora el cadáver, y que cada uno de nosotros lo defienda como defendería a su padre vivo; que su presencia haga inaccesible nuestra barricada!

Un murmullo de triste y enérgica adhesión siguió a estas palabras.

Enjolras levantó la cabeza del anciano y besó con solemnidad su frente; después, con tierna precaución, como si temiera hacerle daño, le quitó la levita, mostró sus sangrientos agujeros, y dijo:

- ¡Esta será nuestra bandera!

Capítulo 3

Gavroche habría hecho mejor en tomar la carabina de Enjolras

Se cubrió al señor Mabeuf con un largo chal negro de la dueña de la taberna; seis hombres hicieron con sus fusiles una camilla de campaña, pusieron en ella el cadáver y lo llevaron con la cabeza desnuda, con solemne lentitud, a la mesa grande de la sala baja.

Entretanto, el pequeño Gavroche, único que no había abandonado su puesto, creyó ver algunos hombres que se aproximaban como lobos a la barricada. De repente lanzó un grito. Courfeyrac, Enjolras, Juan Prouvaire, Combeferre, Joly, Bahorel y Laigle salieron en tumulto de la taberna. Se veían bayonetas ondulando por encima de la barricada.

Los granaderos de la guardia municipal penetraban en ella, empujando al pilluelo, que retrocedía sin huir.

El instante era crítico.

Era aquel primer terrible minuto de la inundación cuando el río se levanta al nivel de sus barreras, y el agua empieza a infiltrarse por las hendiduras de los diques. Un segundo más, y la barricada estaba perdida.

Bahorel se lanzó sobre el primer guardia, y lo mató de un tiro a quemarropa con su carabina; el segundo mató a Bahorel de un bayonetazo. otro había derribado a Courfeyrac que gritaba:

- ¡A mí!

El más alto de todos se dirigía contra Gavroche con la bayoneta calada.

El pilluelo cogió en sus pequeños brazos el enorme fusil de Javert, apuntó resueltamente al gigante, y dejó caer el gatillo; pero el tiro no salió. Javert no lo había cargado.

El guardia municipal lanzó una carcajada y levantó la bayoneta sobre el niño.

Pero antes que hubiera podido tocarle, el fusil se escapó de manos del soldado, y cayó de espaldas herido de un balazo en medio de la frente.

Una segunda bala daba en medio del pecho al otro guardia que había derribado a Courfeyrac. Era Marius que acababa de entrar en la barricada.

No tenía ya armas, pues sus pistolas estaban descargadas, pero había visto el barril de pólvora en la sala baja cerca de la puerta.

Al volverse hacia ese lado, le apuntó un soldado; pero en ese momento una mano agarró el cañón del fusil tapándole la boca; era el joven obrero que se había lanzado al fusil. Salió el tiro, le atravesó la mano, y tal vez el cuerpo, porque cayó al suelo, sin que la bala tocara a Marius.

Todo esto sucedió en medio del humo, y Marius apenas lo notó. Sin embargo, había visto confusamente el fusil que le apuntaba y aquella mano que lo había tapado; había oído también el tiro; pero en tales momentos, todas las cosas que se ven son nebulosas, y se siente uno impulsado hacia otra sombra mayor.

Los insurgentes, sorprendidos pero no asustados, se habían reorganizado. Por ambas partes se apuntaban a quemarropa; estaban tan cerca que podían hablarse sin elevar la voz. Cuando llegó ese momento en que va a saltar la chispa, un oficial con grandes charreteras extendió la espada y dijo:

- ¡Rendid las armas!
- ¡Fuego! -respondió Enjolras.

Las dos detonaciones partieron al mismo tiempo y todo desapareció en una nube de humo. Cuando se disipó el humo, se vio por ambos lados heridos y moribundos, pero los combatientes ocupaban sus mismos sitios y cargaban sus armas en silencio.

De repente se oyó una voz fuerte que gritaba:

- ¡Retiraos, o hago volar la barricada!

Todos se volvieron hacia el sitio de donde salía la voz. Marius había entrado en la sala baja y cogido el barril de pólvora; se aprovechó del humo y de la especie de oscura niebla que llenaba el espacio cerrado para deslizarse a lo largo de la barricada hasta el hueco de adoquines en que estaba la antorcha. Coger ésta, poner en su lugar el barril de pólvora, colocar la pila de adoquines sobre el barril cuya tapa se había abierto al

momento con una especie de obediencia terrible, todo esto lo hizo Marius en un segundo.

En aquel momento todos, guardias nacionales, municipales, oficiales y soldados, apelotonados en el otro extremo de la calle, lo miraban con estupor, con el pie sobre los adoquines, la antorcha en la mano, su altivo rostro iluminado por una resolución fatal, inclinando la llama de la antorcha hacia aquel montón terrible en que se distinguía el barril de pólvora roto. Marius en aquella barricada, como lo fue el octogenario, era la visión de la juventud revolucionaria después de la aparición de la vejez revolucionaria.

Acercó la antorcha al barril de pólvora, pero ya no había nadie en el parapeto.

Los agresores, dejando sus heridos y sus muertos, se retiraban atropelladamente hacia el extremo de la calle, perdiéndose de nuevo en la oscuridad. La barricada estaba libre.

Todos rodearon a Marius.

- [Si no es por ti, hubiera muerto! -dijo Courfeyrac.

- [Sin vos me hubieran comido! -añadió Gavroche.

Marius preguntó:

- ¿Quién es el jefe?

- Tú -contestó Enjolras.

Capítulo 4

La agonía de la muerte después de la agonía de la vida

A pesar de que la atención de los amotinados se concentraba en la Gran barricada, que era la más atacada, Marius pensó en la barricada pequeña; fue hacia allá, y la encontró desierta. La calle Mondetour estaba absolutamente tranquila. Cuando se retiraba oyó que le llamaba una voz débil:

- ¡Señor Marius!

Se estremeció, porque reconoció la voz que lo había llamado dos horas antes en la verja de la calle Plumet. Sólo que esta voz parecía ahora un soplo. Miró en su derredor, y no vio a nadie.

- ¡Señor Marius! -repitió la voz-. Estoy a vuestros pies.

Entonces se inclinó, y vio en la sombra un bulto que se arrastraba hacia él.

La lamparilla que llevaba le permitió distinguir una blusa, un pantalón roto, unos pies descalzos y una cosa semejante a un charco de sangre. Marius entrevió un rostro pálido que se elevaba hacia él, y que le dijo:

- ¿Me reconocéis?

- No.

- Eponina.

Marius se hincó. La pobre muchacha estaba vestida de hombre.

- ¿Qué hacéis aquí?

- ¡Me muero! -dijo ella.

- ¡Estáis herida! Esperad; voy a llevaros a la sala. Allí os curarán. ¿Es grave? ¿Cómo he de cogeros para no haceros daño? ¿Padecéis mucho? ¡Dios mío! ¿Pero qué habéis venido a hacer aquí?

Y trató de pasar el brazo por debajo del cuerpo de Eponina para levantarla, y tocó su mano. Ella dio un débil grito.

- ¿Os he hecho daño? -preguntó Marius.

- Un poco.

- Pero sólo os he tocado la mano.

Eponina acercó la mano a los ojos de Marius, y le mostró en ella un agujero negro.

- ¿Qué tenéis en la mano? -le preguntó.

- La tengo atravesada por una bala.

- ¿Cómo?

- ¿No visteis un fusil que os apuntaba?

- Sí, y una mano que lo tapó.

- Era la mía.

Marius se estremeció.

- ¡Qué locura! ¡Pobre niña! Pero si es eso, no es nada; os voy a llevar a una cama y os curarán; no se muere nadie por tener una mano atravesada.

Ella murmuró:

- La bala atravesó la mano, pero salió por la espalda. Es inútil que me mováis de aquí. Yo os diré cómo podéis curarme mejor que un cirujano: sentaos a mi lado en esta piedra.

Marius obedeció; ella puso la cabeza sobre sus rodillas, y le dijo sin mirarlo:

- ¡Ah, qué bien estoy ahora! ¡Ya no sufro!

Permaneció un momento en silencio; después, volvió con gran esfuerzo el rostro y miró a Marius.

- ¿Sabéis, señor Marius? Me daba rabia que entraseis en ese jardín; era una tontería, porque yo misma os había llevado allá y, por otra parte, yo sabía que un joven como vos...

Aquí se detuvo; y añadió con una triste sonrisa:

- Os parezco muy fea, ¿no es verdad?

Y continuó:

- ¡Ya veis! ¡Estáis perdido! Ahora nadie saldrá de la barricada. Yo os traje aquí, y vais a morir; yo lo sabía. Y, sin embargo, cuando vi que os apuntaban, puse mi mano en la boca del fusil. ¡Qué raro! Pero es que quería morir antes que vos. Cuando recibí el balazo, me arrastré y os esperaba. ¡Oh! Si supieseis... Mordía la blusa; ¡tenía tanto dolor! Pero ahora estoy bien. ¿Os acordáis de aquel día en que entré en vuestro cuarto, y del día en que os encontré en el prado? ¡Cómo cantaban los pájaros!

No hace mucho tiempo. Me disteis cien sueldos, y os contesté: No quiero vuestro dinero ¿Recogisteis la moneda? No sois rico y no me acordé de deciros que la recogieseis. Hacía un sol hermoso. ¿Os acordáis, señor Marius? ¡Oh! ¡Qué feliz soy! ¡Todo el mundo va a morir!

Mientras hablaba, apoyaba la mano herida sobre el pecho, donde tenía otro agujero del cual salía a intervalos una ola de sangre. Marius contemplaba a aquella infeliz criatura con profunda compasión.

- ¡Oh! -dijo la joven de repente-. ¡Me vuelve otra vez! ¡Me ahogo!

Cogió la blusa y la mordió.

En aquel momento el grito de gallo de Gavroche resonó en la barricada. El muchacho se había subido sobre una mesa para cargar el fusil y cantaba alegremente.

Eponina se levantó y escuchó; después dijo a Marius:

- ¡Es mi hermano! Mejor que no me vea, porque me regañaría.

- ¿Vuestro hermano? -preguntó Marius, que estaba pensando con amargura en la obligación que su padre le había dejado respecto de los Thenardier-. ¿Quién es vuestro hermano?

- Ese muchacho. El que canta.

Marius hizo un movimiento como para ponerse de pie.

- ¡Oh! ¡No os vayáis! -dijo Eponina-. Ya no duraré mucho más.

Estaba casi sentada; pero su voz era muy débil y cortada por el estertor. Acercó todo lo que podía su rostro al de Marius y dijo con extraña expresión:

- Escuchad, no quiero engañaros. Tengo en el bolsillo una carta para vos desde ayer. Me encargaron que la echara al correo, y la guardé porque no quería que la recibierais. ¡Pero tal vez me odiaríais cuando nos veamos dentro de poco! Porque los muertos se vuelven a encontrar, ¿no es verdad? Tomad la carta.

Cogió convulsivamente la mano de Marius con su mano herida y la puso en el bolsillo de la blusa. Marius tocó un papel.

- Cogedlo -dijo ella.

Marius tomó la carta. Entonces Eponina hizo un gesto de satisfacción.

- Ahora prometedme por mis dolores...

Y se detuvo.

- ¿Qué? -preguntó Marius.

- ¡Prometedme!

- Os prometo.

- Prometedme darme un beso en la frente cuando muera. Lo sentiré.

Su cabeza cayó entre las rodillas de Marius y se cerraron sus párpados.

El la creyó dormida para siempre, pero de pronto Eponina abrió lentamente los ojos, que ya tenían la sombría profundidad de la muerte, y le dijo con un acento cuya dulzura parecía venir de otro mundo:

- Y mirad qué locura, señor Marius, creo que estaba un poco enamorada de vos.

Trató de sonreír y expiró.

Capítulo 5

Gavroche, preciso calculador de distancias

Marius cumplió su promesa, y besó aquella frente lívida perla-
da de un sudor glacial. Un dulce adiós a un alma desdichada.

Se estremeció al mirar la carta que Eponina le había dado; sabía que era algo grave, y estaba impaciente por leerla. Así es el corazón del hombre; apenas hubo cerrado los ojos la desdichada niña, Marius sólo pensó en leer la carta.

Tendió suavemente a Eponina en el suelo y se fue a la sala baja. Algo le decía que no podía leer la carta delante del cadáver. La carta iba dirigida a la calle Verrerie, 16. Decía: "*Amor mío: Mi padre quiere que partamos en seguida. Estaremos esta noche en la calle del Hombre Armado, número 7. Dentro de ocho días estaremos en Londres. Cosette. 4 de junio.*"

Lo que había pasado puede decirse en breves palabras. Desde la noche del 3 de junio, Eponina tuvo un solo proyecto: separar a Marius de Cosette. Había cambiado de harapos con el primer pilluelo con que se cruzó, el cual encontró divertido vestirse de mujer mientras Eponina se vestía de hombre.

Ella era quien había escrito a Jean Valjean en el Campo de Marte la expresiva frase "mudaos", que lo decidió a marcharse.

Cosette, aterrada con este golpe imprevisto, había escrito unas líneas a Marius. Pero, ¿cómo llevar la carta al correo? En esta ansiedad, vio a través de la verja a Eponina, vestida de hombre, que andaba rondando sin cesar alrededor del jardín. Le dio cinco francos y la carta diciéndole: "*Llevala en seguida a su destino*". Ya hemos visto lo que hizo Eponina.

Al día siguiente, 5 de junio, fue a casa de Courfeyrac a preguntar por Marius, no para darle la carta, sino "para ver", lo que comprenderá todo enamorado celoso. Cuando supo que iban a las barricadas, se le ocurrió la idea de buscar aquella muerte como habría buscado otra cualquiera y arrastrar a

Marius. Siguió pues a Courfeyrac, se informó del sitio en que se construían las barricadas; y como estaba segura de que Marius acudiría lo mismo que todas las noches a la cita, porque no había recibido la carta, fue a la calle Plumet, esperó a Marius y le dio, en nombre de sus amigos, aquel aviso para llevarle a la barricada. Contaba con la desesperación de Marius al no encontrar a Cosette, y no se engañaba. Volvió en seguida a la calle de la Chanvrerie, donde ya hemos visto lo que hizo: morir con esa alegría trágica, propia de los corazones celosos que arrastran en su muerte al ser amado, diciendo: «No será de nadie!»

Marius cubrió de besos la carta de Cosette. «Lo amaba! Por un momento creyó que ya no debía morir, pero después se dijo: Se marcha; su padre la lleva a Inglaterra, y mi abuelo me niega el permiso para casarme; la fatalidad continúa siendo la misma.

Pensó que le quedaban dos deberes que cumplir: informar a Cosette de su muerte enviándole un supremo adiós, y salvar de la catástrofe inminente que se preparaba a aquel pobre niño, hermano de Eponina e hijo de Thenardier. Escribió con lápiz estas líneas: "*Nuestro matrimonio era un imposible. Hablé con mi abuelo y se opone; yo no tengo fortuna y tú tampoco. Fui a tu casa y no te encontré; ya sabes la palabra que te di, ahora la cumplo; moriré. Te amo. Cuando leas estas líneas mi alma estará cerca de ti y te sonreirá.*"

No teniendo con qué cerrar la carta, dobló el papel y lo dirigió a Cosette en la calle del Hombre Armado 7.

Escribió otro papel con estas líneas: "*Me llamo Marius Pontmercy. Llévese mi cadáver a casa de mi abuelo el señor Gille-normand, calle de las Hijas del Calvario número 6, en el Marais*".

Guardó este papel en el bolsillo de la levita, y llamó a Gavroche. El pilluelo acudió a la voz de Marius y lo miró con su rostro alegre y leal.

- ¿Quieres hacer algo por mí?

- Todo -dijo Gavroche-. «Dios mío! Si no hubiera sido por vos me habrían comido.

- ¿Ves esta carta?

- Sí.

- Tómala. Sal de la barricada al momento, y mañana por la mañana la llevarás a su destino, a la señorita Cosette, en casa del señor Fauchelevent, calle del Hombre Armado, número 7.

El niño, muy inquieto, contestó:

- Pero pueden tomar la barricada en esas horas, y yo no estaré aquí.

- No atacarán la barricada hasta el amanecer, según espero, y no será tomada hasta el mediodía.

- ¿Y si salgo de aquí mañana por la mañana?

- Sería tarde. La barricada será probablemente bloqueada: se cerrarán todas las calles y no podrás salir. Ve en seguida.

Gavroche no encontró nada que replicar; quedó indeciso y rascándose la oreja tristemente. De repente, con uno de esos movimientos de pájaro que tenía, cogió la carta.

- Está bien -dijo.

Y salió corriendo por la calle Mondetour.

Se le había ocurrido una idea que lo había decidido, pero no dijo nada, temiendo que Marius hiciese alguna objeción. Esta idea era la siguiente: *Apenas es medianoche, la calle del Hombre Armado no está lejos; voy a llevar la carta en seguida, y volveré a tiempo.*

Capítulo 6

Espejo indiscreto

¿Qué son las convulsiones de una ciudad al lado de los motines del alma? El hombre es más profundo que el pueblo. Jean Valjean en aquel momento sentía en su interior una conmoción violenta. El abismo se había vuelto a abrir ante él, y temblaba como París en el umbral de una revolución formidable y oscura. Algunas horas habían bastado para que su destino y su conciencia se cubrieran de sombras.

La víspera de aquel día, por la noche, acompañado de Cosette y de Santos, se instaló en la calle del Hombre Armado. Jean Valjean estaba tan inquieto que no veía la tristeza de Cosette. Cosette estaba tan triste que no veía la inquietud de Jean Valjean.

Apenas llegó a la calle del Hombre Armado disminuyó su ansiedad y se fue disipando poco a poco. Durmió bien. Dicen que la noche aconseja, y puede añadirse que tranquiliza.

Al día siguiente se despertó casi alegre y hasta encontró muy bonito el comedor, que era feo. Cosette dijo que tenía jaqueca y no salió de su dormitorio.

Por la tarde, mientras comía, oyó confusamente dos o tres veces el tartamudeo de Santos que le decía:

- Señor, hay jaleo; están combatiendo en las calles.

Pero, absorto en sus luchas interiores, no hizo caso.

Más tarde, cuando se paseaba de un lado a otro, meditando, su mirada se fijó en algo extraño. Vio enfrente de sí, en un espejo inclinado que estaba sobre el aparador, estas tres líneas que leyó perfectamente:

"Amor mío: Mi padre quiere que partamos en seguida. Estaremos esta noche en la calle del Hombre Armado, número 7. Dentro de ocho días iremos a Londres. Cosette, 4 de junio."

Jean Valjean se detuvo aturdido.

¿Qué había sucedido? Cosette al llegar había puesto su carpeta sobre el aparador, delante del espejo, y en su dolorosa agonía la dejó olvidada allí sin notar que estaba abierta precisamente en la hoja de papel secante que había empleado para secar la carta.

Lo escrito había quedado marcado en el secante. El espejo reflejaba la escritura.

Jean Valjean se sintió desfallecer, dejó caer la carpeta y se recostó en el viejo sofá, al lado del aparador, con la cabeza caída, la vista vidriosa. Se dijo entonces que la luz del mundo se había apagado para siempre, que Cosette había escrito aquello a alguien, y oyó que su alma daba en medio de las tinieblas un sordo rugido.

Cosa curiosa y triste, en aquel momento, Marius no había recibido aún la carta de Cosette y la traidora casualidad se la había dado ya a Jean Valjean.

El pobre anciano no amaba ciertamente a Cosette más que como un padre; pero en aquella paternidad había introducido todos los amores de la soledad de su vida. Amaba a Cosette como hija, como madre, como hermana; y como no había tenido nunca ni amante ni esposa, este sentimiento se había mezclado con los demás, vagamente, puro con toda la pureza de la ceguera, espontáneo, celestial, angélico, divino; más bien como instinto que como sentimiento. El amor, propiamente tal, estaba en su gran ternura para Cosette, y era como el filón de una montaña, tenebroso y virgen.

Entre ambos no era posible ninguna unión, ni aun la de las almas, y, sin embargo, sus destinos estaban enlazados. Exceptuando a Cosette, es decir, a una niña, no tenía en su larga vida nada que amar. Jean Valjean era un padre para Cosette; padre extrañamente formado del abuelo, del hijo, del hermano y del marido que había en él.

Así, cuando vio que todo estaba concluido, que se le escapaba de las manos; cuando tuvo ante los ojos esta evidencia terrible -otro es el objeto de su corazón, otro tiene su amor y yo no soy más que su padre- experimentó un dolor que traspasó los límites de lo posible. Sintió hasta la raíz de sus cabellos el horrible despertar del egoísmo, y lanzó un solo grito: ¡yo!

Jean Valjean volvió a coger el secante, y quedó petrificado leyendo aquellas tres líneas irrecusables. Sintió que se

derrumbaba toda su alma. Su instinto no dudó un momento. Reunió algunas circunstancias, algunas fechas, ciertos rubores y palideces de Cosette, y se dijo:

- Es él.

No sabía su nombre, pero en su desesperación adivinó quién era: el joven que rondaba en el Luxemburgo.

Entonces ese hombre regenerado, ese hombre que había luchado tanto por su alma, que había hecho tantos esfuerzos por transformar toda su miseria y toda su desgracia en amor, miró dentro de sí y vio un espectro, el Odio.

Los grandes dolores descorazonan al ser humano. En la juventud, su visita es lúgubre, más tarde, es siniestra. [Si cuando la sangre bulle, cuando los cabellos son negros, cuando la cabeza está erguida, cuando el corazón enamorado puede recibir amor, cuando está todo el porvenir en la mano, si entonces la desesperación es algo estremecedor, qué será esa desesperación para el anciano, cuando los años se precipitan sobre él cada vez más descoloridos, cuando a esa hora crepuscular comienza a ver las estrellas de la tumba!

Entró Santos y le preguntó:

- ¿No me habéis dicho que estaban combatiendo?

- [Así es, señor! -contestó Santos-. Hacia SaintMerry.

Hay movimientos maquinales que provienen, a pesar nuestro, del pensamiento más profundo. Sin duda a impulsos de algo de que apenas tuvo conciencia, Jean Valjean salió a la calle cinco minutos después. Llevaba la cabeza descubierta; se sentó en el escalón de la puerta de su casa y se puso a escuchar.

Era ya de noche.

Capítulo 7

El pilluelo es enemigo de las luces

¿Cuánto tiempo pasó así? El farolero vino, como siempre, a encender el farol que estaba colocado precisamente enfrente de la puerta número 7, y se fue.

Escuchó violentas descargas; era probablemente el ataque de la barricada de la calle de la Chanvrerie, rechazado por Marius.

El continuó su tenebroso diálogo consigo mismo.

De súbito levantó los ojos; alguien andaba por la calle; oía los pasos muy cerca; miró a la luz del farol, y por el lado de la calle que va a los Archivos, descubrió la silueta de un muchacho con el rostro radiante de alegría.

Gavroche acababa de entrar en la calle del Hombre Armado.

Iba mirando al aire, como buscando algo. Veía perfectamente a Jean Valjean, pero no hacía caso alguno de él.

Jean Valjean se sintió irresistiblemente impulsado a hablar a aquel muchachillo.

- Niño -le dijo-, ¿qué tienes?

- Hambre -contestó secamente Gavroche, y añadió-: El niño seréis vos.

Jean Valjean metió la mano en el bolsillo, y sacó una moneda de cinco francos.

Pero Gavroche, que pasaba con rapidez de un gesto a otro, acababa de coger una piedra. Había visto el farol.

- [Cómo es esto! -exclamó-. Todavía tenéis aquí faroles; estáis muy atrasados, amigos. Esto es un desorden. Rompedme ese farol.

La calle quedó a oscuras, y los vecinos se asomaron a las ventanas, furiosos. Jean Valjean se acercó a Gavroche.

- [Pobrecillo! -dijo a media voz, y hablando consigo mismo-; tiene hambre.

Y le puso la moneda de cinco francos en la mano.

Gavroche levantó los ojos asombrado de la magnitud de aquella moneda; la miró en la oscuridad y le deslumbró su blancura. Conocía de oídas las monedas de cinco francos y le gustaba su reputación; quedó, pues encantado de ver una, mirándola extasiado por algunos momentos; después se volvió a Jean Valjean, extendió el brazo para devolverle la moneda y le dijo majestuosamente:

- Ciudadano, me gusta más romper los faroles. Tomad vuestra fiera; a mí no se me compra.

- ¿Tienes madre? -le preguntó Jean Valjean.

Gavroche respondió:

- Tal vez más que vos.

- Pues bien -dijo Jean Valjean-, guarda ese dinero para tu madre.

Gavroche se sintió conmovido. Además había notado que el hombre que le hablaba no tenía sombrero, y esto le inspiraba confianza.

- ¿De verdad no es esto para que no rompa los faroles?

- Rompe todo lo que quieras.

- Sois todo un hombre -dijo Gavroche.

Y se guardó el napoleón en el bolsillo.

Como aumentara poco a poco su confianza, preguntó:

- ¿Vivís en esta calle?

- Sí. ¿Por qué?

- ¿Podrías decirme cuál es el número 7?

- ¿Para qué quieres saber el número 7?

El muchacho se detuvo, temió haber dicho demasiado y se metió los dedos entre los cabellos, limitándose a contestar:

- Para saberlo.

Una repentina idea atravesó la mente de Jean Valjean; la angustia tiene momentos de lucidez. Dirigiéndose al pilluelo le preguntó:

- ¿Eres tú el que trae una carta que estoy esperando?

- ¿Vos? -dijo Gavroche-. No sois mujer.

- ¿La carta es para la señorita Cosette, no es verdad?

- ¿Cosette? -murmuró Gavroche-; sí, creo que es ese endiablado nombre.

- Pues bien -añadió Jean Valjean-; yo debo recibir la carta para llevársela. Dámela.

- ¿Entonces deberéis saber que vengo de la barricada?

- Sin duda.

Gavroche metió la mano en uno de sus bolsillos, y sacó un papel con cuatro dobleces.

- Este despacho -dijo- viene del Gobierno Provisional.

- Dámelo.

- No creáis que es una carta de amor; es para una mujer, pero es para el pueblo. Nosotros peleamos, pero respetamos a las mujeres.

- Dámela.

- ¡Tomad!

- ¿Hay que llevar respuesta a Saint-Merry?

- ¡Ahí sí que la haríais buena! Esta carta viene de la barricada de la Chanvrerie, y allá me vuelvo. Buenas noches, ciudadano.

Y, dicho esto, se fue, o por mejor decir, voló como un pájaro escapado de la jaula hacia el sitio de donde había venido. Algunos minutos después el ruido de un vidrio roto y el estruendo de un farol cayendo al suelo, despertaron otra vez a los indignados vecinos. Era Gavroche que pasaba por la calle Chaume.

Capítulo 8

Mientras Cosette dormía

Jean Valjean entró en su casa con la carta de Marius. Subió la escalera a tientas, abrió y cerró suavemente la puerta, consumió tres o cuatro pajuelas antes de encender la luz, [tanto le temblaba la mano!, porque había algo de robo en lo que acababa de hacer. Por fin encendió la vela, desdobló el papel y leyó.

En las emociones violentas no se lee, se atrapa el papel, se le oprime como a una víctima, se le estruja, se le clavan las uñas de la cólera o de la alegría, se corre hacia el fin, se salta el principio; la atención es febril, comprende algo, un poco, lo esencial, se apodera de un punto, y todo lo demás desaparece. En la carta de Marius a Cosette, Jean Valjean no vio más que esto: "... Muero. Cuando leas esto, mi alma estará a tu lado".

Al leer estas dos líneas, sintió un deslumbramiento horrible; tenía ante sus ojos este esplendor: la muerte del ser aborrecido.

Dio un terrible grito de alegría interior. Todo estaba ya concluido. El desenlace llegaba más pronto de lo que esperaba. El ser que oponía un obstáculo a su destino desaparecía y desaparecía por sí mismo, libremente, de buena voluntad, sin que él hiciera nada; sin que fuera culpa suya, ese hombre iba a morir, quizá había ya muerto. Pero empezó a reflexionar su mente febril. *No -se dijo-, todavía no ha muerto. Esta carta fue escrita para que Cosette la lea mañana por la mañana; después de las descargas que escuché entre once y doce no ha habido nada; la barricada no será atacada hasta el amanecer; pero es igual, desde el momento en que ese hombre se mezcló en esta guerra está perdido, será arrastrado por su engranaje.*

Se sintió liberado. Estaría de nuevo solo con Cosette; cesaba la competencia, empezaba el porvenir. Bastaba con que

guardara la carta en el bolsillo, y Cosette no sabría nunca lo que había sido de ese hombre.

- Ahora hay que dejar que las cosas se cumplan -murmuró-. No puede escapar. Si aún no ha muerto, va a morir pronto. ¡Qué felicidad!

Sin embargo, prosiguió su meditación con aire taciturno.

Una hora después, Jean Valjean salía vestido de guardia nacional y armado. Llevaba un fusil cargado y una cartuchera llena.



www.feedbooks.com
Food for the mind